
3 1761 09545097 9

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA



EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN





APUNTES

PARA LA BIOGRAFIA

DE D. MARCELINO MENENDEZ PELAYO.



M. Menéndez Pelayo

APUNTES

PARA LA BIOGRAFIA

DE D. MARCELINO MENENDEZ PELAYO,

POR

DON MIGUEL GARCIA ROMERO,

SECRETARIO DE

LA JUVENTUD CATÓLICA

DE MADRID

MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE AGUADO.

Pontejos, 8.

1879.

Á LA EXCMA.

DIPUTACION PROVINCIAL DE SANTANDER

QUE

alentó generosa y premió con largueza las empresas literarias de Menendez Pelayo, dedica estas líneas, en prueba de respetuosa simpatía,

EL AUTOR.

A GUISA DE INTRODUCCION.

Que son los en que vivimos, dias de postracion y de desmayo intelectual, cosa es tan evidente, que no necesita demostracion. Cierto que en el cielo de nuestra literatura brillan peregrinos ingénios; pero fáltanles alientos para contrarestar el ciego desatentado culto que rinde hoy, á todo lo que se *mide*, *cuenta* y *pesa*, el espíritu de la época. El cual espíritu atrofia el entendimiento, apaga en gérmen los grandes pensamientos que nacen al calor del corazon, y pervierte, estraga y corrompe el sentimiento de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello. De aquí sin duda, las ilusiones que sobre nuestro propio valer en el órden científico fórjanse no pocos, lo fácil que somos de contentar en esto de achaques literarios, el des-

enfado irritante con que se ufanan tantas reputaciones de oropel como ahora privan, sin más títulos que su audacia, *fuerza de los débiles y dignidad de los abyectos* como la llama Cantú: la deliciosa idea de que nuestros oradores eclipsan á Demóstenes y Ciceron, á Quintiliano, nuestros incomparables críticos, y que juntamente con los de Horacio, Virgilio, Shakspeare, Dante y Calderon, celebrará la historia los inspirados acentos de nuestros grandes poetas. Grave enfermedad esta que apunto, demanda imperiosamente una crítica severa que, recogiendo en primer término los títulos de *eminentísimo*, *insigne*, *ilustre*, etc., etc., que andan tan mal distribuidos por esos mundos de Dios, encárguese de otorgarlos con exquisita imparcialidad y delicado tacto, fija siempre la atencion en esta máxima de Polibio, hoy muy olvidada por tirios y troyanos: «Si no sabeis aplaudir á los enemigos y censurar á los amigos cuando lo merezcan, no escribais.» Estamos miserablemente perdidos si no cesa pronto esa lucha inacabable de epitetos con que halagamos nuestra vanidad, con mengua y desdoro de las grandes dotes que adornan al ingénio español, cuya aptitud para todo linaje de co-

nocimientos nada ni nadie puede poner en tela de juicio.

Inspire profundo desden é invencible repugnancia ese ejemplar de sábio á la moda, pendiente de la última extravagancia de tal cual soñador traspirenáico ó de las márgenes del Rhin; destiérrese de la nobilísima república de las letras, al que ruin y menguado zahiera, maltrate y niegue el mérito de los demás, consiguiendo de esta suerte aniquilar tan solo el propio suyo, dado caso que tenga alguno; admírese y reverencie el talento allí donde se encuentre, prescindiendo, como diria un amigo mio que conserva reminiscencias krausistas, *de todo prejuicio y espíritu de secta;* que si lo vuelve airado contra Aquel que se le dió, harta desdicha es la suya; anatema incesante para el que, nuevo Tarquino, que entendia buenamente debian segarse las flores que alzaren su corola sobre las demás, se dedica con tenacidad imperturbable á morder reputaciones bien adquiridas, y á cortar los vuelos de quien pueda trepar airoso por las cumbres de la sabiduría; guerra despiadada á esa manía funestísima de tomar sin prévio exámen lo de fuera, cuando tanto y tan bueno tenemos dentro de casa,

que solo de esta suerte podremos reanudar el hilo de oro de nuestra gloriosísima tradicion científico-literaria, roto á la hora presente por mil y mil postizos adornos y perniciosas novedades que le afean, con harta pena de los amantes de las glorias pátrias. De hoy más, veamos sin inquietudes ni desasosiegos, proscrita de nuestro corazon la asquerosa envidia, el vuelo gigantesco que toma algun privilegiado mortal, remontándose, á la manera que el águila á la cima de las montañas, hasta tocar las sublimes alturas de la ciencia,

Donde no se apoca
El númen en el pecho
Y el aliento fatídico en la boca,

sino que el espíritu, puro y sin mezcla de extraño ruido, recobra nuevos bríos y tiende majestuoso sus alas, domeñando, á la manera que el vapor las olas del mar embravecido, cuantas dificultades se opongan á su soberano imperio.

Lejos, pues, de nosotros miserables pasioncillas; aunémonos para colocar la corona

de laurel en las sienes del vencedor, cuidando, sin embargo, de que si el talento merece respeto y admiracion, nunca jamás debemos rendirle culto, que esto, solo á Dios. Confiesa sin embargo, quien estas líneas escribe, que le falta muy poco, si es que algo le falta, para tributárselo con toda su alma al jóven, casi niño, *cuya vida y milagros* pretende bosquejar, para que pluma mejor cortada supla lo imperfecto y manco de este trabajillo que sale á la estampa sin pretension de ningun género, cediendo tan solo á impulso irresistible del corazon, entusiasmado con las glorias de un *patriota* (en el buen sentido de la palabra), hoy embeleso de las letras españolas, respetadas en él fuera de los lindes de la Península. Su nombre, D. Marcelino Menendez Pelayo. Pudiera yo muy bien agotar el Diccionario de la lengua y servirme de él para hacer un como acto de adoracion, cuyo ídolo fuera el Sr. Menendez; más no he de hacerlo, no por temor á que se engría, que tiene nuestro amigo un seguro inexpugnable á los asaltos de la vanidad y de la soberbia, conviene á saber, la humildad cristiana; sino porque gusto poco del exajerado aplauso personal al uso, y porque entiendo con un es-

clarecido literato (*), que cuando tan gastado está entre nosotros el troquel del elogio, no hay panegírico más elocuente que la mera exhibicion de los hechos. Quizá debiera desistir de mi empeño, exclamando con el poeta:

¿Quid me scribendi tam vastum mittis in æquor?
Non sunt apta meæ grandia vela rati.

Pero siéndome indiferentes cuantos reproches pudieran dirigirme por acometerle, sigo adelante; pues que si vivimos en el *siglo de las biografías*, como alguien ha llamado al actual, el que yo recoja y publique algunos materiales, para que andando el tiempo haya otra más,

¿Qué importa al mundo?
. . . .
. . . .
. . . .

Y aquí será bien que demos punto á estas líneas que por via de *Introduccion* hemos escrito.

(*) Alarcon.

CAPITULO I.

Menendez Pelayo, estudiante.

Más que los dictados de *muy noble, siempre leal y decidida*, y más que la corona ducal que ostenta en sus armas la antiquísima ciudad de Santander, debe envanecerla la pléyade brillantísima de hijos ilustres que, nacidos bajo aquel oscuro cielo, han sido ornamento y gala de la madre pátria. El más insigne de todos ellos, D. Marcelino Menendez Pelayo, vió en ella la luz primera el dia 3 de Noviembre de 1856. Al lado de sus buenísimos padres, que todavía por fortuna viven, y en el Instituto santanderino cursó la segunda enseñanza, con tal aprovechamiento y con tan manifiesta precocidad de su raro ingénio, que ya bachiller en 1871, amigos ilustres de la familia presagiaban al

despedir á Menendez Pelayo, que marchaba á comenzar su carrera en la universidad de Barcelona, los triunfos que alcanzaría en lo porvenir. Llegado que hubo á Barcelona, matriculóse en las asignaturas de Estética y Principios de Literatura, Gramática griega, Geografía y Literatura latina, que explicaban respectivamente los Sres. D. Manuel Milá y Fontanals, D. Antonio Bergnes de las Casas, D. Cayetano Vidal y Valenciano, y D. Jacinto Diaz.

Es la capital de Cataluña, la ciudad más culta de España; sábense allí con más anticipacion que en Madrid inclusive, las noticias literarias, y ya no eran un misterio para la gente docta las relevantes condiciones de Menendez Pelayo. Hizo este su *debut*, como ahora castizamente decimos, en la clase de Estética; y por tan maravilloso modo, con tan desusada maestría explicó el concepto de la *belleza*, y las infinitas teorías que desde Platon acá han venido exponiéndole, que de aquel dia data el respeto y admiracion con

que le trataron siempre sus condiscípulos, reconociendo noblemente la infinita superioridad en cuestiones literarias de un chicuelo que por aquel entonces tenia *¡quince años!* y el afecto con que sin el más ligero eclipse le ha distinguido su doctísimo maestro el Doctor Mila, hoy en mi humilde sentir, la primera autoridad que tenemos en asuntos literarios, máxime en los que dicen relacion á la Edad Media, no sé yo si reconocida por nuestros flamantes críticos, pero sí y unánimemente por los del resto de Europa, que aplauden sus obras nutridas de ciencia, dechado de sobriedad en la exposicion, como entre otras lo acreditan *La Poesía heróica popular Castellana* y *Los Trovadores en España*. Terminado el curso hubo Menendez Pelayo de ir á pasar el verano á Santander, y al año siguiente, que era el de gracia de 1872, volvió á Barcelona, en cuya Universidad estudió Historia universal con D. Joaquin Rubio, autor envidiable del estudio acerca de *la sátira en la antigüedad y en la Edad Media*, poe-

ta lírico de grande inspiracion y delicadeza, que brilla dignamente al lado de los Cabanyes, Aribau, Piferrer y tantos otros; *Hebreo* con D. Mariano Viscasillas, y *Literatura griega* con el ya citado D. Jacinto Diaz, que como los anteriores, sigue aún desempeñando su cátedra con grande general aplauso.

Un acontecimiento literario tuvo lugar por aquel tiempo en la ciudad condal. El *Ateneo Barcelonés* iba á conmemorar el aniversario de la muerte de Cervantes con una sesion solemnísima. Invitan á Menendez para que rompiese una lanza en aquel torneo, se escusa cortesmente, insisten los socios, cede al fin, y en dos dias escribió un trabajo á que puso por nombre «*Cervantes considerado como poeta,*» cuya rica erudicion y primoroso estilo cautivó al numeroso y escogido auditorio que tuvo la fortuna de escucharle. Estos contínuos quehaceres, el indispensable que le acarreaban las asignaturas que estudiaba, la visita diaria á la Biblioteca, no eran causa para impedir que Menendez se pusiera en

poco tiempo al corriente de la rica antigua literatura catalana, con mas facilidad aún de la expresiva habla en que está escrita, sin desdeñar por eso la contemporánea que posee á maravilla.

Llegó el curso de 1873 á 1874, y Menendez Pelayo vino á Madrid. Las aulas de Barcelona,—escríbenos un excelente amigo,—perdieron para siempre su mas aprovechado discípulo, y el Principado uno de sus mas entusistas admiradores. Matriculóse aquí en las asignaturas de *Estudios Críticos sobre autores griegos, Historia de España* y Metafísica , estudiando á la par Bibliografía, no con el intento de ingresar en el cuerpo de archiveros y bibliotecarios, sino por su decidida aficion á este linaje de conocimientos. Se ocupaba á la sazon nuestro ilustre amigo en recojer datos para una obra, de que en otro capítulo hablaremos, y proseguia al mismo tiempo la traduccion de las tragedias de Séneca, tarea que habia comenzado en Barcelona.

Era el 31 de Mayo de 1874. Los dignos

profesores de esta Universidad habian endilgado su correspondiente *sermon* de despedida, sembrando ora la confianza ora la pavura en el ánimo de los escolares, segun la promesa que cada cual hiciera de tener en el exámen mas ó menos ancha la manga, como vulgarmente se dice. La emocion de aquel dia prodújola el discurso de D. Nicolás Salmeron, que con aplomo verdaderamente filosófico y con aquella soberana majestad que le distinguia, y que es de suponer no haya perdido en el suelo francés, á donde le tienen relegado sus extravíos políticos (defendidos por cierto, nos complacemos en reconocerlo, con una dignidad y consecuencia nunca bien alabadas) prometió suspender á cuantos discípulos entrasen á exámen, dado que ni uno habia sorprendido las *sublimidades* de la ciencia krausista. Ni Menendez ni nadie podia dudar de la honrada palabra del maestro; así que, examinado de las otras asignaturas, tomó el tren y se detuvo en Valladolid. Yo no sé qué explicó aquel año D. Nicolás Salmeron; sospe-

cho que hablaria del *concepto de la ciencia* y *de las fuentes del conocimiento;* con toda evidencia que no hubo de discurrir sobre la filosofía escolástica; si por casualidad hubiera escuchado Menendez en Barcelona al difunto Llorens, sabria no poco de la filosofía escocesa, de que era el eminente Llorens fervoroso panegirista, especialmente de Hamilton; es lo cierto que escolástico era el profesor que le examinó en Valladolid, el cual Profesor dijo á un su amigo que no parecia sino que Menendez habia consagrado toda su vida al estudio de la filosofía Tomista. Incansable nuestro amigo, y como para desquitarse de las pasadas fatigas, aspiró y obtuvo el premio ofrecido por la Ilustracion Española y Americana al mejor trabajo que se presentara en el certámen.

En varios papeles periódicos escribió entonces artículos y poesías, muy principalmente en una *Miscelánea científica y literaria* que veia la luz en Barcelona.

Catedrático de literatura en la universi-

dad de Valladolid era á la sazon un hombre ilustre en la república literaria, D. Gumersindo Laverde Ruiz. La historia no ha de olvidar ciertamente la brillantísima parte que este escritor ha tenido en la noble tarea de combatir la errada opinion vulgar de que entre nosotros no hubo ni filosofía, ni ciencia, ni nada hasta el punto y hora en que despertamos á la vida moderna: menguada y antipatriótica teoría, que todavía se sostiene enfrente de la del Sr. Laverde, de quien ha dicho un insigne crítico (*) «que si valen mucho las excelencias del ingenio valen mas las de la índole, pudiendo afirmarse de él, como de pocos, que es un hombre de buena voluntad.» Nada mas natural, habida consideracion á las aficiones literarias y modo de pensar de este escritor, honra tambien de la Montaña, que anudara con Menendez un lazo de amistad, hoy cordialísima por todo extremo. Para La-

(*) D. J. Valera.

verde que en 1868, al reivindicar para las Asturias (Oviedo y Santander) la gloria de haber en nuestros dias iniciado y promovido el estudio de la filosofía española, manifestaba la esperanza de que de aquellas tierras saldria quien diera cima á tan gloriosa empresa «con el indispensable *Diccionario bibliográfico de filósofos españoles*, y la no ménos necesaria *Historia crítica* de la *filosofía española*,» fué dia felicísimo el en que conoció á Menendez Pelayo; no menos de júbilo para éste, que vió en el autor de los «*Ensayos críticos*» una inteligencia de primer órden consagrada de todo en todo á la defensa de la verdad y de la patria. Recuerda todavía con amor el señor Laverde, las tardes del otoño de 1874, en que aquel jóven leia en su modesta habitacion tal cual extensa biografía que iba escribiendo para su *Biblioteca de traductores españoles*, tesoro de erudicion inmensa, de sana y acendrada crítica, realzado por la naturalidad, soltura y limpieza de estilo, y se ufana legítimamente con la idea de que si Menendez

vive algunos años, veráse cumplido su vaticinio, y con él, la suprema nobilísima aspiracion de toda su vida.

Pero volvamos á Valladolid, en cuya universidad recibió nuestro amigo el título de licenciado en Filosofía y letras. Obtenido el cual hizo inmediatamente los ejercicios para oponerse al premio extraordinario á que le hizo acreedor por unanimidad una disertacion que leyó sobre este tema: *Conceptismo, culteranismo y gongorismo: sus precedentes históricos, sus causas y efectos en la literatura española*. La brillante exposicion que hizo de tan delicada materia; la crítica severa, no exageradamente rigorista, con que juzgó aquella fase importantísima de nuestra literatura, que en Italia tenia un ilustre representante en la persona de Juan B. Marini; el atinado juicio que formuló de el autor del *Polifemo* y *las Soledades*, de peregrinas innegables dotes, si bien afeadas por mil no disculpables *licencias* mal avenidas con nuestro idioma castellano; la impugnacion briosa y

razonada que enderezó á los críticos que buscan las causas de la corrupcion del gusto en aquella época, en las consabidas trabas que diz tenia el pensamiento, sin las cuales aseguran que Italia viérase libre de los seicentistas, y de los culteranos España; todo el trabajo, en fin, fué tan excelente, que uno de los jueces hubo de preguntar al compañero que habia propuesto el tema, *si estaba de acuerdo con el opositor*. No juzgo indiscreto hacer público este hecho, que muestra con irresistible elocuencia lo acabado y perfecto del discurso en cuestion. Al año siguiente (curso del 74 al 75) estudió en esta universidad el doctorado de filosofía y letras, con tal aprovechamiento que dió glorioso remate á su brillantísima carrera, obteniendo tambien el premio extraordinario, para aspirar al cual discurrió sobre la *Novela entre los latinos*, de cuyo trabajo habremos muy luego de ocuparnos. De esta suerte concluyó Menendez Pelayo su campaña de estudiante: obtuvo en ella 24 *premios ordinarios* y 3 *extraordinarios*, es decir, ma-

yor número de laureles que años de existencia.

Doctor ya nuestro jóven fuese á Santander, su pueblo querido, cuyo Excmo. Ayuntamiento le concedió una pension para que visitase las bibliotecas de Europa; hizo lo propio la Excma. Diputacion provincial, y á la postre tambien el Gobierno, que al fin y al cabo «nunca es tarde si la dicha es buena» y dicha completísima para la patria tenía reservada Menendez Pelayo con los sabrosos frutos que iba á recojer en sus viajes. Habia antes visitado con grande éxito el archivo de la Corona de Aragon en Barcelona, dirigido por el erudito Bofarull, la Biblioteca provincial de Barcelona, la Colombina, aquí la Nacional y las particulares, cuando dispúsose á salir de España.

Hízolo con efecto, siendo Portugal el primer pueblo extranjero que pisó nuestro joven. Mas toma su vida una fase tan importantísima, palpita con tal violencia el corazon al recordar las distinciones que recibió nuestro

compatriota de las más sólidas reputaciones europeas, que justo es que indiquemos á grandes rasgos el copiosísimo fruto de sus excursiones en párrafo aparte.

CAPITULO II.

Menendez Pelayo en el Extranjero.

Queda dicho que fué Portugal el primér pueblo extraño visitado por nuestro joven. Con el entusiasmo que anima al rebuscador de oscurecidas glorias, que sabe han de redundar en beneficio de la patria, y con la incansable actividad literaria que distingue á Menendez Pelayo, dedicóse á sondear los secretos de la rica literatura portuguesa. Recorrer bibliotecas, archivos y museos; he aquí la eterna ocupacion de nuestro compatriota, inaccesible á la natural fatiga y hasta aburrimiento que trae consigo el prolongado estudio. Fuera prolijo enumerar los hallazgos literarios

que hizo Menendez en el vecino reino; pero cumple á mi propósito mentar alguno de los mas principales. En el archivo de la Torre Do Tombo, que dirigia Antonio Oliveira Marreca, distinguido erudito y buen novelista, copió entre otras cosas el famoso proceso *de Damian de Goes*, protestante portugués del siglo XVI; y en las Bibliotecas de Lisboa y de Coimbra encontró no pequeño número de obras desconocidas para los mismos bibliógrafos del pais, y que omite Inocencio da Silva en su gran *Diccionario*. Con tan rara fortuna, al cabo y al fin, *amiga de los mozos*, como decia el gran Carlos V, no es maravilla que se viera Menendez Pelayo agasajado y respetado por los varones mas ilustres que hoy tiene Portugal. Trató mucho y sostuvo sabrosas pláticas con D. José María Latino Coelho, si detestable como político, merecedor de profundísimo respeto como literato. Es, como ha dicho el mismo Menendez, uno de los *talentos mas flexibles y universales de nuestra península:* á la par que las bellas letras sonle familia-

res las ciencias exactas, y bastára á justificar su gran fama, la traduccion que hizo de Demóstenes precedida de un excelente ensayo sobre la civilizacion griega. Asimismo trabó amistad con el muy notable bibliógrafo Silva Tulio, con D. Antonio José Viale, distinguido helenista que se ocupa en traducir á *Homero*, y que ha puesto en verso latino algunos cantos de los *Luisiadas de Camoens*. Cuando Menendez llegó á Portugal habia ya muerto el ilustre poeta Antonio Feliciano de Castilho; pero trató mucho á su hijo el Vizconde, poeta muy elegante tambien, y autor de un buen drama acerca de *Inés de Castro*. A casa de Castilho iba con harta frecuencia otro hijo predilecto de las musas; el famoso Tomás Ribeiro, autor de *D. Jaime* y de *la Delphina do mal*, obras de gran inspiracion á pesar de la animosidad contra Castilla y del espíritu anti-ibérico que respira la primera de ellas. No fué causa sin embargo para impedir la sincera firme amistad que dispensó á Menendez, desde la noche

primera en que cambiaron el saludo. En Coimbra por fin, departió largamente con el Dr. Ayres de Gonvea, obispo electo de los Algarbes, ministro que ha sido de Gracia y Justicia y traductor afortunado de las *Elegías de Tibulo*. Con rico acopio de peregrinas noticias, y dejando gratísimo inolvidable recuerdo en los literatos portugueses, regresó nuestro joven á Santander, donde permaneció un mes al lado de sus padres. Ocupóse en dar la última mano á varias obras que tenia en preparacion, y salió inmediatamente para Roma.

Dotado Menendez Pelayo no solo de un talento privilegiadísimo y de una prodigiosa memoria, sí que tambien de ese *quid divinum*, merced al cual se alcanzan á entrever las sublimidades del arte, y pensando de este segun el dicho del pintor y poeta Salvator Rosa

«Que no retrata solo lo visible
»Sino que es fuerza que á las veces junte
»Lo que no tiene cuerpo y es posible,

tardo y perezoso parecíale el andar de la lo-

comotora que cruzaba con la velocidad del rayo los jardines de la Italia: tal ansiedad tenia de visitar la ciudad Eterna. En ella pasó tres meses registrando con paciencia de benedictino la Biblioteca Vaticana, la Casanatense ó séase la de la Minerva, la Barberina, la Corsiniana, etc., etc., en todas las que hizo utilísimos hallazgos, sacando copias de Códices olvidados, como por ejemplo: el *De artificio omnis scibilis* de Fernando de Córdoba, y descubriendo hasta catorce tratados inéditos de Arnaldo de Vilanova. Merecen indicarse por lo abundosos y peregrinos los documentos que acerca de la herejía de Miguel de Molinos encontró en la Biblioteca de la Minerva ya citada. Sus obras han de poner de manifiesto, y ya han empezado á poner, lo importante de tales pesquisas para la historia de la filosofía y las letras españolas, y muy especialmente para la de nuestros heterodoxos.

Ernesto Monaci, filólogo eminente, catedrático de lenguas y literaturas romances en la Universidad Romana, y señaladamente

conocido *por su cancionero portugués del Vaticano*, dispensó á nuestro compatriota la mas cariñosa acogida, no escaseándole plácemes y enhorabuenas por el feliz resultado de sus indagaciones bibliográficas.

Algun elevado personaje quiso presentarle al Sumo Pontífice, que lo era entonces Pio IX, de dulce memoria; negóse Menendez Pelayo, y solo como católico fué en tres distintas ocasiones á besar los pies de la mas grande majestad que reina acá en la tierra. Saboreando á su placer las memorables bellezas que la sucesion de los siglos ha ido amontonando en los museos de Roma; divertida la mente á los grandes recuerdos que inspiran aquellas ruinas venerandas, en las que dejaron impresa su huella nuestros artistas, sin que la accion destructora del tiempo haya conseguido todavía borrarlas; encariñado hasta la exageracion con las inspiradas obras de los clásicos, aliento y vida de las de nuestro joven; panegirista incansable de la antigüedad clásica; mirando, en fin, como

propio aquel histórico suelo, que le hacia recordar los versos de un poeta italiano:

«*Ancor la gloria dell'eterna Roma*
Risplende si che tutte l' altre oscura.»

llegó el dia en que triste y meditabundo dió Menendez Pelayo el adios de despedida á la gran ciudad, yendo á sentar sus reales en la bella y populosa Nápoles. Aquí tenia ya nuestro compatriota un ilustre amigo; el Bibliotecario de la Nacional, Fornari, con quien habia cruzado correspondencia latina. Es Fornari uno de los mejores prosistas italianos contemporáneos; discípulo de Gioberti, profesa en filosofía doctrinas ontológicas, aunque no sigue al maestro en sus errores. Ha escrito un excelente tratado de estética *Del bello é de la poesía,* un curso no menos apreciable *Arte del dire,* y una obra magistral, la última en el órden cronológico, rotulada *Vita de Gesu-Cristo;* hermosa edicion por cierto, que hace honor á las prensas de Florencia. Sor-

presa grande fué la de Fornari al presentarse Menendez Pelayo. Recordando las epístolas que le dirigió nuestro joven en un latin Ciceroniano y de muy subidos quilates literarios, creía ver en él uno de esos hombres encanecidos y aviejados por el polvo de las Bibliotecas, y no un chico imberbe que frisaba por aquel entonces en los 20 años de edad. Algo parecido aconteció aquí á uno de nuestros mejores literatos. Fornari le presentó al segundo bibliotecario Scipione Volpicella, muy versado en la historia napolitana y conocido por su ediciou crítica de las poesías del *Tansillo*.

Allí copió, entre otras cosas, una carta inédita de Garcilaso, y descubrió un curiosísimo cancionero de poetas castellanos de fines del siglo XVI. Trató tambien al Doctor Bohemer, que trabajaba á la sazon en la misma Biblioteca, y que ha publicado una bibliografía de protestantes españoles del siglo XVI, muy bien hecha al decir de los doctos. Y como solo hemos prometido historiar

á grandes rasgos la provechosa expedicion de nuestro amigo, traslademonos con él á la ciudad de las flores, la hermosísima Florencia, vivamente impresionado con los recuerdos de la antigua Neápolis y su Vesubio;

Fiero gigante,
Que por el golfo y la ciudad campea,
Desceñida la negra vestidura
Alto el airon que por el viento ondea.

Llegado que hubo Menendez á la pátria del Dante, á quien debemos venerar como á padre de las letras, segun el Abate D. Juan Andrés, y á la de Petrarca, digno de su coronacion en el Capitolio, como dice Tiraboschi aunque hubiese escrito solamente sus poesías italianas y latinas, asistió á la *Escuela de estudios superiores*, de la cual era catedrático Comparetti, el eminente humanista, autor del *Virgilio en la Edad Media*. Asimismo descubrió un nuevo códice de las *Cantigas del Rey Sábio* en la Biblioteca Magliabechiana. Fué

extraordinariamente atendido por el viejo Ferruci, prefecto, ó director que diríamos nosotros, en la Laurenciana, muy respetado por sus *poesías latinas*. Continuó su excursion por Italia, y detúvose en la triste y melancólica ciudad de Venecia. Visitó la Biblioteca de San Marcos, donde encontró el códice de las lecciones *de ánima*, dadas en Pádua en los primeros años del siglo XVI, por el profesor averroista español, Juan Montes de Oca. Llegó, finalmente, á Milán, en cuya Universidad explicaba literaturas neo-latinas P. Raina, autor de un excelente libro sobre las *Fuentes del Orlando Furioso*. Pero á quien trató con más intimidad fué al ilustre orientalista Antonio Ceriani, prefecto de la Biblioteca Ambrosiana, y que tan magistrales trabajos ha publicado sobre los SS. Padres griegos. En aquella hermosa Biblioteca trabajó (en obsequio á la brevedad omito otros curiosos manuscritos) en un códice de Prudencio y otro de las Etimologías de San Isidoro, que presentaban algunas variantes.

De esta suerte, respetado y querido nuestro compatriota por los más insignes hijos de la nacion Italiana, que contínuamente le dan pruebas de la alta estima en que le tienen, siguiendo

la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sábios que en el mundo han sido,

trasladóse como de un vuelo á la capital de Francia.

Tan benévola acogida y no menos copioso caudal de conocimientos literarios que en las demás ciudades de Europa, ya mencionadas, recogió en París nuestro ilustre amigo.

Ni los atractivos que ofrece la hermosa ciudad que baña el Sena, ni las maravillas de su industria, ni las geniales condiciones del pueblo francés, que no deben estudiarse en los miserables copistas que traen á la escena española, donde se representaron los *Autos sacramentales* de Calderon, los resabios de la asquerosa literatura que se aplau-

de en *Mabille* y otros *coliseos ejusdem furfuris*, porque de esta suerte se desconocen las grandes virtudes de la nacion vecina; nada, en fin, fué causa á que Menendez olvidase el objeto de su peregrinacion por Europa; es á saber: visitar Bibliotecas y conocer á los hombres de ciencia. Esto hizo en París, y vive Dios que con rara fortuna. Sería prolijo enumerar los documentos que descubrió en las de Santa Genoveva, en la del Arsenal, en la Mazarina, y especialmente en la Nacional; pero sí merece consignarse que en esta última encontró y copió el tratado *de processione mundi*, del arcediano Gundisalvo, panteista español del siglo XII, preciosa adquisicion para quien, como Menendez, prepara una obra acerca de nuestros heterodoxos.

Encargado de la seccion de místicos españoles en esta Biblioteca hallábase á la sazon, y con él departió muy mucho sobre el movimiento literario que se nota aquende el Pirineo, el reputado Morel Fatio, benemérito dc nuestras letras, autor de un estudio so-

bre el *Poema de Alejandro*, muy celebrado por los doctos, y colector de un tomo de documentos históricos y literarios relativos á la España de los siglos XVI y XVII. Tambien trató mucho en París á dos grandes amigos de Mila, el insigne provenzalista Paul Meyer, que con tanto fruto continúa los trabajos iniciados por Raynonard, y á Gaston París, autor de la notable *Historia poética de Carlo-Magno*, y representante cemo Meyer, de la nueva tendencia crítica, y del método histórico iniciado en Alemania por Grim y Diez, que se tiene por incompleto, pero á la par en alta estima, por ser una como protesta elocuentísima contra el prurito de *generalizaciones* y *conceptos* que priva hoy en determinadas escuelas.

Hízose, por fin, amigo del Conde de Puymaigre, á quien agradecen las letras españolas dos primorosos libros, «Los antiguos autores castellanos,» y la «Corte literaria de Don Juan II,» y en seguida salió Menendez para los Paises-Bajos.

En Bruselas fué guiado en sus investigaciones por el archivero general Gachard, á quien debe nuestra historia del siglo XVI servicios importantísimos y preciosas colecciones de documentos, como lo prueban *El Retiro y muerte de Cárlos V en Yuste*, la obra acerca de *D. Cárlos y Felipe II*, y otras muchas cuyos títulos no recordamos. Con grande éxito trabajó Menendez Pelayo en la Biblioteca nacional, sobre todo en la seccion de manuscritos de los duques de Borgoña, dirigida por Ruellens, más tarde en la magnífica que posee la famosa Universidad de Lovaina, y por ultimo, en la de Amberes, rica por extremo en libros españoles. Visitó despues Gante, Brujas y Lieja, y salió para Holanda.

Estuvo primero en *La Haya*, cuya Biblioteca nacional examinó detenidamente, y salió muy luego para Leyden, donde trató al insigne orientalista Dozy, autor de la *Historia de los musulmanes en España*, y al bibliotecario Du Rieu, famoso humanista, que ha hecho una nueva edicion del libro *De Repu-*

blica de Ciceron, mucho más correcta que la del Cardenal Mai. Dedicóse, por último, en Amsterdam, viendo que la pública valia poco, á visitar las bibliotecas particulares, y fatigado de recorrer extrañas tierras, teatro para nuestro amigo de grandes glorias, volvió á su retiro de Santander. Irresistible su poderoso entendimiento al deseo vehementísimo de descubrir nuevos horizontes de que poder enseñorearse, fresca y lozana su prodigiosa memoria, en la cual cabe con holgura la labor intelectual que ha ido amontonando la sucesion de los siglos, formó propósito decidido de emprender nueva expedicion por Inglaterra y Alemania; pero aconteció entonces la muerte del Sr. Amador de los Rios, por demás sensible para las letras, y pensó nuestro amigo en ocupar el sillon de profesor que aquel su maestro dejaba vacante en esta Universidad. Hálo conseguido en pública gloriosa *oposicion*, que hemos de historiar para remate de este trabajo.

CAPITULO III.

Las obras de Menendez Pelayo.

El primer libro de Menendez, que tenemos á la vista, es el que intituló de esta suerte: *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española*. Tres son, pues, las materias que abraza el libro de nuestro insigne amigo. Abundoso y rico en la parte que consagra á sembrar con verdadero lujo de erudicion el campo de nuestra Bibliografía con peregrinas, nuevas y muy importantes noticias, hácelo por extremo interesante el brioso denuedo con que salió á la defensa de nuestra pasada cultura, vilipendiada entonces por uno de los más doctos escritores que cuenta en sus filas la escuela racionalista, acreedor por su ilustracion, y por las bellas prendas de su carácter, á las universales simpatías que ha sabido conquistarse. Aludo al Señor

Don Gumersindo Azcárate, indigno de confundirse con esa turba multa de escritorzuelos que, á trueque de herir al catolicismo, sientan con terquedad inconcebible una y mil proposiciones ridículas y absurdas, que rechazan, á una con la recta razon y el sentido comun, las gloriosas páginas de nuestra incomparable historia. Pero como su hermosa inteligencia es víctima de graves preocupaciones, ocurriósele en mal hora verter este párrafo en unos artículos que publicaba en la *Revista de España* sobre *El Self Government* y *La Monarquía doctrinaria*. «Segun que, por ejemplo, el Estado ampare ó niegue la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más ó menos su peculiar genialidad en este órden, y podrá hasta darse el caso *de que se ahogue casi por completo su actividad, como ha sucedido en España durante tres siglos.*»

Leyó estas líneas Laverde, el incansable panegirista de la Filosofía española; y como su salud no le consintiera refutarlas, dió

tan honroso encargo á Menendez Pelayo, puesto que harto sabia la manera brillantísima con que habia de defender *su causa* el abogado á quien se la encomendaba. Y sucedió lo que no podia menos de suceder; fallóse el pleito, perdiéronle, y con costas, los *temerarios* impugnadores de la ciencia española, y gallarda y majestuosa presentóse esta á la admiracion de propios y extraños, luciendo sus más ricas galas, y mirando desdeñosamente á los prohombres del krausismo, atónitos ante el diabólico poder de su contrario, á cuya voz salieron del sueño del olvido «legiones de sábios de todas clases que florecieron en España durante esos tres siglos, y cuyos nombres la fama, pasando callada sobre las cunas de sus ingratos hijos, repite todavía por los lejanos paises, que conservan como cicatrices honrosas, los recuerdos de nuestra potente gloria.» Todo esto ocurrió en lo que podríamos llamar *primera instancia*. Los *condenados* apelaron, y dieron plenos poderes al Señor Don Manuel de la Revilla, crítico muy cono-

cido, de innegable agudeza, de nítido entendimiento, pero de caracter atrabiliario y mal humorado como pocos. Asido al faldon del frac del Sr. Nuñez de Arce, eminente poeta lírico, pero que conserva tan decidida aficion á las tres antecedentes centurias, como mostró en el discurso de entrada en la Real Academia Española, que leyó por entonces, pidió el Sr. Revilla desde las columnas de la *Revista contemporánea*, que se anulára la sentencia del inferior, y se declarase nula y de ningun valor la actividad científica de nuestros antepasados, víctimas de *todos los despotismos, de todas las intolerancias y de todas las supersticiones*. Cosas muy peregrinas alegó el Sr. Revilla para salir triunfante en su empeño; así dijo «que por doloroso que sea confesarlo, si en la historia literaria de Europa somos mucho, en la historia científiea *no somos nada*, y esa historia puede escribirse cumplidamente, sin que en ella suenen otros nombres españoles que los de los heróicos marinos que descubrieron las Américas y

dieron por vez primera la vuelta al mundo. No tenemos, seguia hablando Revilla, un solo matemático, físico ni naturalista, que merezca colocarse al lado de las grandes figuras de la ciencia. «¡Maravilloso descu»brimiento, exclamaba la *Ciencia española* »por boca de Menendez Pelayo! El Sr. Re»villa cree, por lo visto, que la historia de la »ciencia se reduce á las biografías de seis, siete »ú ocho hombres prodigiosos: ellos dieron la »luz; en los intermedios completa oscuridad. »Una historia séria, añadia Menendez, no »puede escribirse de este modo. Qué unidad ha »de tener obra semejante? ¿Cómo ha de escri»birse una historia de la astronomía saltando »de Copérnico á Galileo, y de Galileo á Kepler »y Newton, y de Newton á Laplace?» Y en seguida brotaron como por encanto, evocados por Menendez Pelayo, compatricios como *Nicolás Monardes, José de Acosta, Francisco Hernandez,* y *Quer,* y *Mutis,* y *Cavanilles,* gritando desaforadamente: ¡bravo! ¡bravo! «Si por acaso se le ocurre al Sr. Revilla (que

todo es posible), escribir una historia de la Botánica, fuerza es que *velis nolis* nos dé el puesto que de justicia se nos debe.» Y la misma cantinela repitieron matemáticos tan insignes como *el Cardenal Siliceo*, y *su discípulo el doctísimo Hernan Perez de Oliva, el aragonés Pedro Ciruelo, Alvaro Tomás, Hugo de Omerique, Pedro Juan Monzó, Nuñez*, y ciento y mil. Pero los que infundian pavura en el ánimo más varonil y de mejor temple, fueron los filósofos que, convertidos en *mito* por el Sr. Revilla con sin igual frescura, cayeron como una bomba sobre el desatalentado crítico, que hubo de entregar los *autos* para que continuase la defensa á su antiguo maestro D. Nicolás Salmeron. Y cierto que este *hierofante, Pontífice máximo, Patriarca del krausismo, jefe reconocido de cofradía, personaje conspícuo, varon integérrimo y severísimo, especie de Caton revolucionario, grande enemigo de la efusion de sangre, y mucho más de la lengua castellana*, no ganó en la jornada el título

honroso de «abogado de las causas perdidas.» Comprendiólo así el Sr. Revilla, que de nuevo enristró la pluma, y arremetió brioso contra la inaguantable serenidad de Menendez, sostenedor de que en otros tiempos valíamos harto más que en los aciagos que corren. El catedrático de la *Central* hizo esfuerzos sobrehumanos, quizá *extralegales*, para salir airoso en su empresa; pero á pesar de su raro ingénio, por nadie con justicia contradicho, no halló argumentos más poderosos, que el de llamar una y otra vez á su rival *neo-católico, defensor de instituciones bárbaras*, y demás lindezas que constituyen la que Menendez llamó con singularísima gracia, «Sinfonía patriótica sobre motivos inquisitoriales.» Bien es verdad, que fué idea felicísima la del Sr. Revilla, porque justificó esta hermosa profesion de fe que hizo nuestro respetado amigo. «Soy *católico*, no nuevo ni viejo, sino *católico* á macha-martillo, como mis padres y abuelos, y como toda la España histórica, fértil en Santos, héroes

y sábios bastante más que la moderna. Soy *católico, apostólico, romano,* sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesion alguna á la impiedad ni á la heterodoxia, en cualquiera forma que se presenten, ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso, pero muy ajeno á la vez de pretender convertir en dogmas las opiniones filosóficas de este ó del otro doctor particular, por respetable que sea en la Iglesia. Estimo, cual blason honrosísimo para nuestra pátria, el que no arraigase en ella la herejía durante el siglo XVI, y comprendo, y aplaudo, y hasta bendigo la *Inquisicion,* como fórmula del pensamiento de *unidad* que rije y gobierna la vida nacional á través de los siglos, como hija del espíritu genuino del pueblo español, y no opresora de él, sino en contados individuos y en ocasiones rarísimas. Niego esas supuestas persecuciones á la ciencia, esa anulacion de la actividad intelectual, y todas esas atrocidades que rutinariamente y sin fundamento se repiten, y tengo por de

mal gusto y atrasadas de moda, lucubraciones como la del Sr. de la Revilla. No necesitábamos, en verdad, ir á Alemania, ni calentarnos mucho los cascos para aprender todo eso. Ya lo sabian los bienaventurados liberales del año 20.»

Así las cosas, reunióse el severo é inapelable tribunal de la *Crítica*, dignándose absolver á la *Ciencia española*, de la demanda que contra ella interpusieran los Sres. Azcárate, Revilla y Salmeron, previniéndoles al mismo tiempo que se abstuviesen en lo sucesivo de emitir dictámen sobre asuntos que decididamente no eran de su competencia.

De todo lo cual resultó, no solo un desagravio á nuestro pasado intelectual, con mal acuerdo escarnecido y pisoteado, sí que tambien un triunfo para la literatura patria, á cuya espléndida corona engarzó Menendez Pelayo, el floron inestimable de su hermoso libro. Empezado el cual, ha dicho el ilustre P. Mir, no hay que soltarle de la mano. «Sin sentirlo, escribe el docto jesuita, va uno le-

yendo página tras página, y ya se indigna con el autor contra los despreciadores de nuestra antigua cultura; ya se sonrie al ver sacados á la vergüenza los disparates de nuestros modernos D. Hermógenes literarios, pronunciados con la mayor seriedad y aplomo del mundo; ya se exalta y entusiasma al mirar algunos rasguños no mas del cuadro de la grandeza intelectual de nuestros mayores; ya aplaude y oye con cariño los proyectos del autor para dar á conocer los tesoros de nuestra riqueza científica á los lijeros, aturdidos y descastados nietos de aquellos ilustres varones, y por cuyas virtudes é ingenio se levantó España á la cumbre de la mayor prosperidad y grandeza á que ha subido nacion alguna, y de la cual, como bellamente decia en lúcido intervalo un escritor liberal, no nos queda mas que el polvo, que pisamos con indiferencia.»

No es maravilla que al inspirado autor del libro que venimos examinando, saludárale el gran orador D. Alejandro Pidal, de cu-

yos labios brota siempre un mar de elocuencia diciendo «que á concederle Dios larga vida, sería con el tiempo la majestuosa personificacion de la *ciencia española* que se levanta en el último tercio del siglo XIX, para derramar sobre los hijos espúreos de la patria, que corren tras los fuegos fátuos de la impiedad extranjera, los raudales de luz que el sol de la verdad católica arrojó en tiempos mas felices sobre el glorioso suelo español.»

Hacemos gracia á nuestros lectores del destemplado artículo que *al cabo de los años mil* escribió el Sr. del Perojo, intitulado «*La ciencia española bajo la Inquisicion,* «y de la soberana respuesta que desde Venecia le enderezó el Sr. Menendez Pelayo. Está muy próxima á salir á luz la segunda edicion de la obra de nuestro amigo, tan extraordinariamente aumentada, que ha de formar grueso volúmen. En él se podrán saborear esta y otras cartas no menos deliciosas, amen de la magistral que escribió al Sr. Valera sobre la «*Antoniana Margarita*» de Gomez Pereira. Y aquí será

bien que terminemos este lijerísimo exámen sobre el asendereado libro «*La ciencia española,*» que lleva á la cabeza un notabilísimo prólogo de Laverde, y que paremos mientes en otra produccion literaria de Menendez, de muy diverso género, pero no menos admirable y admirada que la anterior; hablamos de sus

Estudios poéticos. En ellos mostró Menendez Pelayo el fervoroso culto que rinde á la antigüedad clásica, en cuyas fuentes ha bebido á raudales el rico tesoro de soberanas bellezas que el tiempo no logra envejecer, y que han conquistado el númen poético de nuestro ilustre amigo. Tratárase de un joven, no tan *hombre* como Menendez Pelayo, y en verdad que sería peligrosa la aficion que sin tasa ni medida profesa á la cultura pagana. Pero blindado á maravilla, es en él completamente inofensivo, lo que fuera para el vulgo de los mortales sobremanera pernicioso.

Mas este problema no hemos ahora de dilucidarlo, y vamos á pasar ligeramente la

vista por la rica coleccion de poesías que dió Menendez á la estampa con el modesto título que dejamos indicado. La mayor parte de las cuales redúcense á traducciones que no han perdido su pristina pureza al ser vertidas á nuestro idioma por la pluma de Menendez Pelayo, elegantemente cortada á la manera clásica. Latinista y helenista de primer órden, conocedor profundo de varios idiomas modernos, especialmente del francés, inglés é italiano; la singular maestría con que maneja el nuestro, y la poderosa intuicion con que se asimila la idea de lo bello, hácenle en extremo apto para sembrar con las flores de extrañas literaturas, el jardin amenísimo de la poesía española.

Católico fervoroso, abogado de la *Inquisicion*, panegirista de los frailes por cuyo restablecimiento hace fervientes votos, ¿cómo traduce Menendez Pelayo á Safo y Teócrito, á Catulo y Petronio, á Lucrecio y Byron, y no luce sus gallardas dotes en las soberanas concepciones de los grandes poetas cristianos?

Este, que parece á primera vista raro anacronismo, no lo es en manera alguna. No confunde Menendez lo *bello* con lo *verdadero* y lo *bueno;* entiende que la *forma* constituye el *alma* del arte; mas aún, que sin ella no hay arte posible, y esclavo de este sentir, allí donde encuentra *belleza* la canta; y, si en un momento de entusiasmo se extravía y dirigiéndose á Horacio le dice: *La belleza eres tú;* muy luego, calmada la fiebre y, al pedir con ánsia que torne *el sol del Renacimiento á iluminarnos,* añade:

«Pero otra lumbre
Antes encienda el ánimo del vate.
Él vierta añejo vino en odres nuevos,
Y esa forma purísima pagana
Labre con mano y corazon cristianos.»

Téngase además en cuenta que, aunque perdidamente enamorado de lo clásico, sabe Menendez velar con *amore* lo feo y dañoso que lleva en las entrañas la cultura pagana,

y será forzoso absolver al poeta que no pocas veces sacrifica las exijencias del arte en aras de la moral, cuya balanza pesa mas por fortuna en el ánimo de nuestro joven, que la muy seductora de la belleza.

En una admirable carta al Sr. Cueto que sobre los *Estudios poéticos* publicó en la *Revista de España* el insigne literato D. Juan Valera (llámola admirable, como hechura verdaderamente *clásica*, porque el fondo no es de mi devocion), decia «que su propósito al escribirla habia sido corresponder á la amabilidad con que el Sr. Cueto le honró dirigiéndole la suya (*), y dar tambien testimonio ante el público del extraordinario valer literario y poético de nuestro joven y modesto amigo.»

El cual dice el Sr. Valera *ha sido tan delicado y circunspecto en la eleccion de composiciones para traducir*, *y ha sabido velar tan pú-*

(*) Alude á la que va á la cabeza de los *Estudios poéticos*.

dicamente algun pasaje un poco vivo, al verterle á nuestro idioma, que casi todo lo podria leer la mas recatada doncella sin comprender lo pecaminoso. Y lleva Menendez las cosas á tal punto, que si bien traduce el idilio de Teócrito titulado Oaristys, *composicion bastante viva y primaveral,* guárdase muy bien de trascribirle en los ejemplares destinados á la venta, que vieron la luz sin el diálogo de veras animado entre el boyero y la pastora. Reconoce por último el eminente literato la alta capacidad estética de nuestro joven, y añade: «El Sr. Menendez tiene admirable facilidad para el trabajo: pero su ardor, su fuga, su impaciencia son mas admirables, si bien le perjudican á veces. Se diria que todo lo quiere hacer á escape. Y en verdad que á escape lo hace todo. No se comprende de otra manera cómo en los pocos años que lleva de vida, ha escrito tanto, ha leido y ha aprendido tanto.»

Componen la tercera y última parte del libro las poesías originales del autor, que no por los trillados caminos que sigue la gene-

ralidad, ha extendido su vuelo hácia las cumbres de la belleza. «Hasta el dia de hoy, escribe el Sr. Cueto, soñar con los aplausos científicos ó literarios en los albores de la juventud, escribir versos, afanarse por alcanzar triunfos en las aulas, esa es la historia honrosa de casi todos los estudiantes que sienten hervir en su pecho el ánsia de la gloria. Pero encerrarse sin tregua ni descanso—prosigue el ilustrado académico—desde la edad de catorce años en archivos y bibliotecas, para buscar, oscuro, reflexivo, incansable, sin excitacion ni vigilancia de parte de la familia, sin la menor distraccion mundana, no los medios fáciles de lograr desde luego halagos y estímulos del amor propio, sino las verdaderas y primordiales fuentes del saber, esa es la historia única y exclusiva de Marcelino Menendez.» El cual ha sabido robar al arte greco-romano, los primores de su incomparable forma, la sobriedad de pensamiento, la tersura de la diccion y lo elegantísimo de sus giros, como lo muestra cumplidamente su famosa *Epís-*

tola á Horacio, que por sí sola hace la reputacion de un poeta, y que trasladamos á continuacion para solaz de los amantes del buen gusto.

Díce así:

EPÍSTOLA A HORACIO.

Yo guardo con amor un libro viejo,
De mal papel y tipos revesados,
Vestido de rugoso pergamino:
En sus hojas do quier, por vário modo,
De diez generaciones escolares
A la censoria férula sujetas,
Vese la dura huella señalada.
Cual signos cabalísticos, retozan
Cifras allí de incógnitos lectores;
En mal latin sentencias manuscritas,
Escolios y apostillas de pedantes,
Lecciones várias, apotegmas, glosas,
Y pasajes sin cuento subrayados,
Y *addenda* y *expurganda* y *corrigenda*,
Todo mezclado con figuras toscas
De torpe mano, de inventiva ruda,

Que algun ocioso en solitarios dias
Trazó con tinta por la márgen ancha
Del tantas veces profanado libro.
Y ese libro es el tuyo, ¡oh gran maestro!
Mas no en tersa edicion rica y suntuosa:
No salió de las prensas de Plantino,
Ni Aldo Manucio le engendró en Venecia.
Ni Estéfanos, Bodonis ó Elzevirios
Le dieron sus hermosos caracteres.
Nació en pobres pañales; allá en Huesca
Famélico impresor meció su cuna;
Ad usum scholarum destinóle
El rector de la estúpida oficina,
Y corrió por los bancos de la escuela.
Ajado y roto, polvoroso y sucio,
El tesoro de gracias y donaires
Por quien al Lácio el Ateniense envídia.
¡Cuántos se amamantaron en sus hojas.
A cuántos quitó el sueño ese volúmen,
Lidiando siempre por alzar el velo
Que tus conceptos al profano oculta!
¡Cuánto diste suavísimo deleite
A quien perseveró en la ruda empresa.
Y cuánto de sudor y de fatiga
A ignorantes y estólidos alumnos!
Hiciste germinar á tu contacto

Miles de ideas en algun cerebro:
Llenástele de luz y de armonía,
Y al influjo potente de tu ritmo,
El ritmo universal le revelaste.
Por ti la antigüedad surgió á sus ojos:
Por ti Venus Urania, de los cielos
Bajó á las mentes de adorarla dignas,
Y allí habitando, cual perfecta idea,
Dió vida á su pensar, norma á su canto.
¡Cuánta imágen fugaz y halagadora,
Al armónico son de tus canciones,
Brotando de la tierra y del Olimpo,
Revolaban en torno al estudiante,
Que ante la dura faz de su maestro
De largas vestimentas adornado,
Absorto contemplaba sucederse
Del mundo antiguo los prestigios todos:
Clámides ricas y patricias togas,
Quirites y plebeyos, senadores,
Filósofos, augures, cortesanas,
Matronas de severo continente,
Esclavas griegas de ligera estola,
Sagaces y bellísimas libertas,
Aroma y flor en lechos y triclinios,
Múrrinos vasos, ánforas etruscas:
En Olimpia, cien carros voladores;

En las ondas del Adria, la tormenta,
En el cielo, de Júpiter la mano;
La Náyade en las aguas de la fuente,
Y allá en el bosque tiburtino oculta
La dulce granja del cantor de Ofanto,
Por quien los áureos venusinos metros
En copioso raudal se precipitan
Al ancho mar de Píndaro y de Safo!

Yo tambien á ese libro peregrino,
Arca santa del gusto y la belleza,
Con respeto llegué, sublime Horacio;
Yo tambien en sus páginas bebia
El vino añejo que remoza el alma.
Todo en ti lo encontré, rey de los himnos,
Mente pelasga, corazon romano;
El vuelo audaz, la sentenciosa flecha,
La ática sal, las mieles del Himeto,
El ditirambo que á los cielos toca,
El canto de Eros que inspiró Afrodita,
El *Otium Divos* que la mente aquieta,
Y el júbilo feroz con que en las cumbres
Del Citerón, en la ruidosa noche,
Su leve tirso la Bacante agita.

La belleza eres tú: tú la encarnaste
Como nadie en el mundo la ha encarnado.
A tu triunfal corona las preseas

Grecia engarzó de su mejor tesoro;
Rindióte Jónia las melosas voces
Con que Anacréon arrulló á Batílo,
Tébas el ritmo en que de Dirce el genio
Loara al púgil en la lid triunfante
Y al vencedor en la cuadriga rauda;
Del enemigo de Licambo hubiste
El crudo yerro convertido en yambo,
La alada estrofa en que de Cleis la madre
Supo inflamar con férvidos amores
A bien trenzadas vírgenes Lesbianas,
Y el són de Alcéo entre borrascas hórridas
Al opresor de Mitilene infausto.
  Todo, rey de la lira, lo abarcaste,
Pusiste en todo la medida tuya,
El *ne quid nimis* ¡sobriedad eterna!
La concision, secreto de tu númen.
En torrentes de números sonoros
Despéñase tal vez tu fantasía;
Mas nunca pasa el término prescrito
Por la armónica ley que á los Helenos
Las hijas de Mnemósine enseñaron.
¡Tiempo feliz de Griegos y Latinos!
Calma y serenidad, dulce concierto
De cuantas fuerzas en el hombre moran;
Eterna juventud, vigor eterno,

Culto sublime de la forma pura,
Perenne evocacion de la armonía!
¡Bárbaros hijos de la edad presente!
Horacio, ¿lo creerás? graves doctores
Afirman que los hórridos cantares
Que alegran al Sicambro y al Scita,
O al Germano tenaz y nebuloso,
Oscurecen tus obras inmortales
Labradas por las manos de las Gracias,
Cual por diestro cincel mármol de Páros.
¡Léjos de mí las nieblas hiperbóreas!
¿Quién te dijera que en la edad futura
De Teutónes y Slavos el imperio,
En la ley, en el arte y en la ciencia
Nuestra raza latina sentiría,
Y que nombres por ti no pronunciables,
Porque en tu hermosa lengua mal sonaran,
El habla de los dioses enturbiando,
Tu nombre borrarian?
Orgullosos
Allá arrastren sus ondas imperiales
El Danubio y el Rin ántes vencidos.
Yo prefiero las plácidas corrientes
Del Tíber, del Cefíso, del Eurótas,
Del Ebro patrio ó del dorado Tajo.
¡Ven, libro viejo; ven, alma de Horacio;

Yo soy latino y adorarte quiero;
Anímense tus hojas inmortales!
  Que Régulo otra vez alce la frente,
Y el beso esquive de la casta esposa,
Y el pueblo aparte que su paso impide,
Y á los tormentos inmutable torne:
Que entre las ruinas del vencido mundo
Caiga el atroz Caton, nunca domado:
Que Druso á los Vindélicos aterre
Como el ave de Jove fulminante
Desciende sobre tímida bandada:
Que las torres de Ilión maldiga Juno,
Dos veces humilladas en el polvo,
De Laomedón por la perfidia insana,
Por el inícuo juez y la extranjera:
Que de Pálas la égida sonante
A los Titanes otra vez resista:
Que las Danáides el acero empuñen
Y en sangre tiñan los nupciales lechos:
Que el níveo toro, á la de cien ciudades,
Creta, conduzca la robada Ninfa:
Que los corceles del rugiente trueno
Lance el Saturnio por el aire vago,
Y se estremezca desquiciado el orbe,
Mas nunca el pecho del varon constante.
  Ven, libro viejo, ven, roto y ajado!

Quiero embriagarme de tu añejo vino,
A Baco ver entre escarpados montes,
A Fáuno amante de ligeras Ninfas,
A Hérmes facundo, y al intonso Cintio,
Quiero vagar por los amenos bosques
Donde la abeja susurró de Tíbur,
Y en los brazos de Lídias y Glicéras
Posar la frente, al declinar la tarde,
Orillas de la fuente de Blandusia,
Ó ante la puerta de la dura Lyce,
Que el Aquilon con ímpetu sacude,
Amansar su rigor y su soberbia,
Ó volar con la nave de Virgilio
Que hácia las playas áticas camina
Y guarda la mitad del alma tuya.

¡Suenen de nuevo, Horacio, tus lecciones!
Canta la paz, la dulce medianía,
El *Eheu fugaces* que cual sueño vuela,
El *Carpe diem* que al placer anima,
El *Rectius vives* que enaltece el alma;
Canta de amor, de vinos y de juegos,
Canta de gloria, de virtudes canta.
¡Siempre admirable! Recorrer contigo
Quiero las calles de la antigua Roma,
Con Damasipo conversar y Davo,
Reirme de epicúreos y de estóicos,

Viajar á Bríndis, escuchar á Ofelo,
Sentarme en el triclinio de Mecénas,
Y aprender los preceptos soberanos
Que dictaste festivo á los Pisones.
  Vengan dáctilos, yambos y pirriquios,
Caldeados en tu fragua creadora.
¡Que se entrelacen en vistoso juego
Y dancen cual las Ninfas desceñidas
Que con rítmico pie baten la tierra!
La antigüedad con poderoso aliento
Reanime los espíritus cansados,
Y este hervir incesante de la idea,
Esta vaga, mortal melancolía,
Que al mundo enfermo y decadente oprime
Sus fuerzas agotando en el vacío,
Por influjo de nieblas maldecidas
Que abortó el Septentrion, ante su lumbre
Disípense otra vez. Torne el radiante
Sol del Renacimiento á iluminarnos,
Cual vencedor de bárbaras tinieblas
Otro siglo lució sobre el Oriente,
Los pueblos despertando á nueva vida,
¡Vida de luz, de amor y de esperanza!
Helenos y latinos agrupados,
Una sola familia, un pueblo sólo,
Por los lazos del arte y de la lengua

Unidos formarán. Pero otra lumbre
Antes encienda el ánima del vate.
Él vierta añejo vino en odres nuevos,
Y esa forma purísima pagana
Labre con mano y corazon cristianos.
¡Esa la ley será de la *armonía!*
Así Leon sus rasgos peregrinos
En el molde encerraba de Venusa;
Así despojos de profanas gentes
Adornaron tal vez nuestros altares,
Y de Cristo en basílica trocóse
Más de un templo gentil purificado.
¡Adios, adios, monarca de la lira!
En vano el Septentrion hordas salvajes
De nuevo lanzará: sobre las ruinas
Triunfante se ha de alzar el libro viejo,
De mal papel é innúmeras erratas,
Que con amor en mis estantes guardo.

Santander 28 de Diciembre de 1876.

Ni una palabra más sobre los *Estudios poéticos*; y pues que en este lijero exámen de las obras de Menendez, prescindimos de todo

órden y método, digamos cuatro palabras siquiera sobre el estudio importantísimo que leyó al graduarse de Doctor en la Facultad de Filosofía y Letras en esta Universidad, y que lleva por título, *La novela entre los latinos*. No era este tema uno de tantos casi ya agotados por la crítica contemporánea; antes bien diríase, que no otra cosa sino profundo desdén é invencible repugnancia habia inspirado á los literatos del siglo. Tomóle Menendez por su cuenta, y con implacable erudicion, atinada crítica y exquisito gusto, hizo atractivo por extremo un estudio *de los menos interesantes que pueden ofrecerse en el vasto y amenísimo campo de las letras clásicas*. Para justificar el título de Novelas que da á las dos obras latinas que pretende examinar, *El Satyricon de Petronio* y *El Asno de Oro de Apuleyo*, hace importantes reflexiones sobre el concepto y significacion artística de este género literario; refuta con irrebatible lógica algunas definiciones que sobre la Novela se han dado; enseña á continuacion lo que

constituye la obra poética, de acuerdo con su maestro Milá; reseña con claridad suma el origen é historia del género que nos ocupa, antes de su aparicion en Roma; niega los fundamentos en que se apoyan los que creen ver grande identidad entre el *Satyricon* y los *Codicilos de Petronio*, de cuya primera obra (dice Menendez) es comun opinion entre los doctos, que apenas se conserva la décima parte. Menciona quiénes y en dónde han tenido la suerte de hallar algunos fragmentos, sin olvidar la frescura que en el asunto mostró Nodot, y muy especial y más habilidosamente, nuestro compatriota el abate Marchena. Entra despues á describir el argumento, pero antes dice: «A la superior ilustracion del Tribunal no se ocultará que forzosamente ha de ser incompleto el análisis que yo haga de la obra de Petronio. Tal como le conocemos, presenta el Satyricon inmensas lagunas que truncan la narracion, y cortan en cien partes el hilo de la fábula. Además, los incidentes suelen ser de tal naturaleza, que vale

más cortar el nudo, que entretenerse en desatarle. Trozos hay por los cuales pasaré como por áscuas; otros, que ni citaré siquiera. Los jueces comprenderán la causa de mi silencio. Sobre todo, procuraré no aludir siquiera á una espantosa abominacion de los antiguos, que en ninguna parte aparece con tan horribles caractéres, como en este libro. *Nec nominetur in ore nostro*, tal es el consejo de la Escritura en este punto.» Concluye diciendo que se ha aplicado á Petronio el dictado de *auctor purissimæ impuritatis*, sobre lo cual escribe el siguiente párrafo:

«En efecto, el *Satyricon* está lleno de obscenidades, y en él se describen escenas en alto grado repugnantes. Esto ha dado lugar á acerbas, pero justas censuras, y tambien á proposiciones extremadas. Han dicho eminentes críticos, que el libro de Petronio no debe ser leido, ni siquiera nombrado (*); han

(*) Villemain, *Tableau de la littérature du XVIII siècle*, trenteneuvième leçon.

añadido otros que un hombre de bien no debe confesar nunca haber hojeado autor semejante: cosa que en verdad no entiendo, pues si lo ha leido, ¿por qué negarlo? No me admiraría encontrar estas exageraciones en los admiradores de *Le Ver Rongeur*, en los piadosos secuaces del abate Gaume, pero me admira que lo haya dicho Voltaire, autor del *Cándido*, de la *Pucelle*, y de otras obras que ni citarse pueden; me extraña todavia más verlo acogido por uno de los críticos más eminentes de nuestro siglo, por el insigne Villemain, y solo me lo explico considerando que hablaba desde su cátedra de la Sorbona. Enhorabuena que no sea libro á propósito para correr en manos de niños y de doncellas; sería una profanacion introducirle en la enseñanza: nadie ha pensado en semejante desatino; es hasta un crímen traducirle á las lenguas vulgares: yo considero como timbre de gloria el que nunca lo haya sido á la nuestra, pero ¡dejar de leerle un literato! ¡avergonzarse de haberle leido! Ese libro, en

sus dos terceras partes, es casi inocente: yo he podido hacer su análisis casi por entero, sin aludir siquiera á sus torpezas. Es una joya literaria, ejemplar de un género que apenas tiene modelos en la antigüedad; es el cuadro de costumbres más completo que de una época nos queda; y encierra, considerado en absoluto, bellezas eternamente dignas de admiracion y estudio. Con intencion casta todo puede ser tratado castamente. Califiquemos al *Satyricon* de obra, en parte, perversa, pero no peligrosa; otras menos execradas encierran mayor veneno. Los escándalos que describe suelen ser tan increibles, tan apartados de las costumbres de la sociedad moderna, que muy depravada ha de ser el alma del lector, para que en él hagan mella tales narraciones. Muy pervertida debe de estar la mente, y muy seco el corazon de quien vaya á buscar en ese libro la ciencia del libertinaje. Debemos acercarnos á él con el mismo respeto que á un cadáver, porque en esa novela está encerrada la sociedad antigua con

todas sus abominaciones y sus miserias. Aquella sociedad murió hace siglos; la palabra escrita, símbolo de sus pensamientos, vive solo para nuestra enseñanza y ejemplo. La justicia divina exterminó á aquel pueblo cargado con el peso de sus iniquidades. ¡Tremenda leccion, ejemplo saludable! Estudiemos, pues, los despedazados fragmentos del *Satyricon*, que sin duda reservó la Providencia para mostrarnos á qué grado de maldad puede descender la corrompida naturaleza humana, y bendigamos á Dios, que borró para siempre de la haz de la tierra aquel pueblo y aquella civilizacion.»

A renglon seguido, entra á estudiar *El Asno de Oro de Apuleyo*, logrando sostener el ánimo del lector, tan cautivado como en la primera parte del trabajo. Véase en prueba á qué linaje de consideraciones se entrega Menendez Pelayo, dando cima gloriosa á su importante obra.

«Tales son los escasos y no muy granados frutos que este género produjo entre los

Romanos. Y presenta, no obstante, singular interés su estudio que, unido al de los satíricos, puede darnos el cuadro fiel de la sociedad antigua, en el momento de verificarse la transformacion moral, que habia de dar por resultado una grande y poderosa civilizacion, fundada en las ruinas de la antigua, pero animada por un nuevo y fecundo soplo de vida. En estas novelas, obras, si se quiere, medianas, libros de decadencia, está vivamente retratada aquella sociedad, corrompida hasta los huesos y sin fuerzas para levantarse del cieno en que sus crímenes la habian sumido. Estos novelistas no son profetas de nuevas ideas; no lloran tampoco sobre las ruinas de lo pasado; se limitan á reproducir lo que ven, con escrupulosa fidelidad, y ni siquiera se cuidan de templar los colores para que el cuadro no aparezca en toda su horrible desnudez. Por esto mismo son de mayor utilidad para el historiador; nada hay en ellos de convencional y de ficticio, nada de hipócritas medias tintas; escudados con la

lengua en que escriben, no rehuyen la exposicion de todo linaje de torpezas, y esto que, moral y literariamente considerado, debe ser motivo de gravísima censura, es útil, sin embargo, en cuanto manifiesta la profundidad del abismo á que puede descender una sociedad halagada con todos los dones del poder y de la fortuna, sábia é ilustradísima como pocas en el mundo, pero en la cual se han extinguido las creencias y se ha apagado la luz del sentimiento moral. Porque es en vano pretender que viva una sociedad sin creencias, y la moral, que no está enlazada con ningun dogma, tiene que ejercer poquísima influencia en el ánimo de los pueblos. En vano se pretenderá fundar la moral en axiomas filosóficos y en *imperativos categóricos*: la experiencia demuestra que la moral no sale de las escuelas de los sofistas, sino de las entrañas vivas de las creencias nacionales. Faltaron en Roma estas creencias, y ni los estóicos, ni los epicúreos, ni los académicos, lograron imponer á aquella sociedad

saludable freno, porque los libros de Zenon, de Cleantes, de Panecio ó de Crisipo, podian educar algunas inteligencias aisladas, y conducirlas por la senda de la verdad y del bien, pero no influir de un modo directo y poderoso en el alma del colosal imperio romano. ¿Y qué podian enseñar unos hombres que dudaban, cuando menos, de la inmortalidad del alma, y presentaban como remedio supremo á todos los males, la infame cobardía del suicidio? ¿Qué moral habia de fundarse en la doctrina epicúrea, sino aquella de «*comamos y bebamos, y coronémonos de rosas, porque mañana moriremos?*» Y si dirigimos la vista á los estóicos, ¿de qué sirvieron al mundo las estériles virtudes de Caton, de Tráseas ó de Helvidio? ¿A qué idea obedecian esos hombres? ¿Qué principio regulaba sus acciones? ¿Quién podrá descubrir la filosofía ni la moral práctica de los estóicos en las contradicciones de que están llenos los libros de Séneca? Solo á morir se aprendia en las escuelas de los filósofos; nadie enseñó á vivir

para utilidad de sus semejantes. ¿Y qué valen esas muertes fastuosas, rodeadas siempre de cierto aparato teatral, al lado de las muertes sublimes de tantas mujeres, niños y ancianos como, en nombre de la idea cristiana, lanzáronse gozosos al martirio, sin pensar siquiera que el mundo habia de recordar sus nombres?»

Esa sociedad romana, agonizante y moribunda, continua Menendez, es la que describen los dos novelistas mencionados. Petronio, con la tranquila satisfaccion del que vive en el desórden y participa de él, Apuleyo con ciertas vislumbres de falso profeta y de restaurador de creencias antiguas. Y es que por instinto comprendió que aquella sociedad no tenia otra cura que el sentimiento religioso, y como las creencias romanas no encontraban albergue en corazon alguno, fué á buscar en los misterios egipcios algo que calmase la sed de creer que todos imperiosamente sentian.»

«No menos provechosa enseñanza ofrecen ambos libros, considerados bajo el aspecto

literario, que aquí especialmente nos ocupa. Nuestra sociedad, enferma casi del mismo mal que la romana, tiende, con más vehemencia cada dia, al arte *realista*, expresion suprema de todas las épocas de descomposicion, de todas las literaturas en decadencia. Pues bien, *el Satyricon, el Asno de Oro*, muestran el último término de ese arte, sostenido en Petronio por un talento prodigioso en medio del lodazal inmundo en que se arrastra con frecuencia. Util fué siempre el escarmiento en cabeza agena. Petronio, grande escritor, prosista inimitable, elegante poeta, ha dejado, en vez de un recuerdo glorioso, un nombre manchado con eterna infamia. El, tan puro, tan correcto, es con todo un escritor de mal gusto, no en la superficie, sino en el fondo; no en las palabras, sino en las ideas; lo es, sobre todo, por la pintura monstruosa del desórden, que exagera acaso. Y si en las letras la perfeccion y la divina armonía de la forma, son cualidades que bastan á perdonar inmensos yerros, al cabo

aparecen como inferiores y subordinadas á la pureza del sentimiento, á la grandeza de la idea. ¡Admiracion para el brillante ingénio de Petronio, pero maldicion para ese arte que se complace en destruir y enervar las generosas aspiraciones de la cabeza, los nobles impulsos del corazon; arte que degrada y envilece la humanidad, que tiñe con horribles colores el cuadro social, sin presentar la triaca al lado del veneno, el remedio en pos de la dolencia, la luz de la esperanza en medio de las tinieblas de la desesperacion y de la duda! La pendiente es inevitable. Del arte *realista francés*, solo hay un paso al *realismo* de Apuleyo y de Petronio: mayor decoro en la forma: quizá más ponzoña en el interior.»

Lo copiado muestra el mérito altísimo de la *Novela entre* los latinos; ahora reclama poderosamente nuestra atencion otro libro de Menendez; el intitulado

Horacio en España.

Preciso es renunciar á dar idea de este hermoso volúmen, que con escesiva modestia llama nuestro respetado amigo *pasatiempo bibliográfico*. Seria para ello necesario, como un crítico ha dicho, escribir un compendio de la historia de nuestra poesía lírica castellana, portuguesa y hasta catalana y gallega. Trata primero de los traductores castellanos del poeta Venusino, hace luego notar la decadencia de la poesía catalana, precisamente cuando comenzaba el furor horaciano, *por cuya razon apenas hay versiones del lírico romano en lengua lemosina;* hace mérito con elogio de la traduccion del *Beatus ille* hecha en verso gallego por el difunto catedrático de Orense Sr. Mosquera; pasa despues revista á los traductores portugueses de Horacio, y entra en el campo amenísimo de nuestra lírica nacional, para ver hasta qué punto se inspiraron sus cultivadores en las obras del poeta de Venusa. De aquí arranca la parte mas amena del libro, que no se lee, se devora hasta saborear el delicioso *Ul-tilogo* en que Menendez ha derramado á

manos llenas sus inagotables recursos de buen gusto, y con que dió remate á su honroso empeño. Con el cual se propuso, él mismo lo manifiesta,

1.° Dar materiales al primer erudito que emprenda la formacion de una *bibliografía general horaciana*, ya que un libro de erudicion, por incompleto y mal hecho que sea, es siempre mas útil que los *preliminares* y los *conceptos* y la *síntesis*, sartas empalagosas de lugares comunes, humo y polvo que el viento se lleva.»

2.° «Descubrir una fase de los estudios humanísticos en nuestro suelo, y hacer la historia de una parte de nuestra poesía lírica.»

3.° «Acopiar algunas noticias para uso del primero que á conciencia quiera tratar el punto de *¿cómo ha sido y debe ser la poesía lírica en España?* Léanle cuantos no le conozcan, y harán coro al Sr. Valera, que despues de impugnar algunas opiniones de Menendez Pelayo, y de echarle en cara que faltaba á la justicia siempre que decía algo

de Quintana, escribe juzgando este libro: «A pesar de las tendencias retrógradas que se notan en sus escritos, y que mas propias son del viejo, *laudator temporis acti*, que de un joven, que debiera estar contento de lo presente y lleno de esperanzas en lo porvenir, la erudicion extraordinaria, el recto juicio, ofuscado rara vez, y el vigor poético del señor M. Pelayo, nos pasman y enorgullecen como españoles.» Oigamos á Morel Fatio: «*Horacio en España* es uno de los mejores estudios literarios que se han publicado en España en este siglo.» (*)

Un recuerdo por último á los *Estudios críticos sobre escritores montañeses*.

Este amenísimo libro, que dedicó Menendez al Ayuntamiento de su pueblo, escribióle tambien, segun él mismo confiesa en las *Advertencias preliminares*, cediendo á benévolas

(*) Morel Fatio en su libro *L'Espagne au XVI et XVII Siècles*. (Bonn, 1878.)

insinuaciones de su insigne amigo Laverde. Sería temerario hacer de nuestra propia cosecha la menor indicacion sobre el mérito de esta produccion literaria de M. Pelayo, cuando está tan magistralmente juzgada por el sapientísimo Milá, que en la afamada revista, el Polybiblion, escribia lo siguiente:

«El autor de esta obra es un verdadero prodigio de precocidad. En 1872 ó 73 (*), cuando no tenia mas que 16 ó 17 años, podia contársele ya entre los primeros bibliófilos españoles. Desde entónces acá ha publicado muchos ensayos, todos notables por su estilo correcto, su vasta erudicion y su juiciosa crítica; figuran entre ellos una tésis doctoral acerca de los clásicos novelistas latinos, un escrito apologético acerca de los sabios españoles de los últimos siglos, y algunos artículos tomados de su *Diccionario de traductores españoles*, obra de extraordinaria trascendencia, á la que

(*) Epoca en que era discípulo del articulista.

siempre se dedica y que está llamada á completar si no á absorber la de Pellicer.

El volúmen que anunciamos es el primero de una série acerca de los escritores montañeses, esto es, de la ciudad y de la provincia de Santander, patria del autor. El nombre del primer escritor que ha elegido no es por cierto desconocido en Europa. D. Telesforo de Trueba y Cosío (1798-1835), que habia escrito algunos ensayos en su propia lengua, educado en un colegio inglés y emigrado desde 1823 en Inglaterra; obtuvo en su tiempo una verdadera celebridad por sus obras escritas en la lengua de Byron y Walter Scott. M. Menendez examina en todos sus pormenores la *Hija de Gomez Arias* ó *los Moriscos de la Alpujarra*, el *Castellano* ó *el Príncipe Negro en España* y *las leyendas históricas españolas*, principales obras del autor, y hace una completa enumeracion de sus demas obras, casi todas narrativas ó dramáticas, y que juzga mas rápidamente. El joven escritor demuestra una imparcialidad agena de su edad:

preciosa cualidad para un crítico (algunas veces le hallamos algo frio con respecto á Walter Scott), sobreponiéndose á las influencias del espíritu patrio y del amor al asunto de sus escritos. Las conclusiones que saca de sus estudios son tan sólidas como penetrantes; Trueba fué un hombre de buen gusto y de gran talento, mas que un poeta original; es uno de los escritores mas notables entre los de segundo órden, y fué el primero en propagar la aficion á las tradiciones españolas entre el público general de Inglaterra y de los demás paises donde se tradujeron sus obras, dando ejemplo y estímulo á los poetas españoles que siguieron su camino. El crítico añade que Trueba aprovechó principalmente la oportunidad para sus escritos: el tiempo, el género, los asuntos, el idioma, todo contribuye á que sus obras alcanzasen el mayor éxito posible. Las traduciones á que nos referimos eran ya conocidas en Inglaterra, pero, como advierte oportunamente Menendez, en un círculo restringido de *His-*

panistas. Trueba tuvo por auxiliar y quizá por predecesor á Lokart, yerno de W. Scott, célebre traductor del Romancero.

La obra de M. Menendez, llena de una erudicion algunas veces digresiva, pero siempre motivada y clara, nos parece que agota el asunto. En uno de sus apéndices, el autor nos habla de un hermano de Trueba, estimable poeta lírico francés, cuyo nombre como escritor es un verdadero descubrimiento de nuestro jóven y diligente crítico.»

La pluma inspirada de *Juan García*, el autor de *Ave, Maris Stella*, y tantas otras joyas literarias que no desdeñarian firmar los grandes prosistas de nuestro siglo de oro, hizo tambien cumplida justicia al trabajo de nuestro amigo, hablando del cual escribia en un admirable artículo que publicó en el periódico *La Epoca:*

«Mostrar el juicio antes que el bozo; acreditarse de sábio no habiéndose despedido aún de escolar; apurar la erudicion sin consumir los años; adelantarse al tiempo sin

saltar edades ni abreviar la vida; dar el fruto á par con la flor; hacerse el pensamiento con la seguridad, y firmeza, y sazon de su virilidad y madurez en medio de las lozanías y calor de su primavera; tener de hombre el ánimo y la cordura, los propósitos y el discurso, conservando de niño el corazon, y su nobleza, y sus ambiciones, y sus abandonos; si no es señaladísimo favor de la Providencia, merece tenerse por asombroso esfuerzo y raro testimonio del poder desconocido de la naturaleza.»

Nada decimos sobre los infinitos artículos críticos que andan por varios periódicos y revistas; algunos notabilísimos, como los que siempre hanle inspirado las obras de su ilustre amigo y paisano, el inimitable Pereda; pero permítasenos una consideracion para concluir: «En todos los libros se encuentra bueno, mediano y malo, dijo Marcial;» lean nuestros lectores los que ha dado á luz Don M. Menendez Pelayo, y cierto que no suscribirán al dictámen del poeta latino.

Más antes de pasar al capítulo que ha de poner fin á este nuestro modestísimo trabajo, echemos una ojeada sobre las obras que tiene en preparacion nuestro ilustre amigo. Pero adviértase que no se trata de proyectos que fantaseen por su mente, de dudosa ó por lo menos lejana realizacion (que pocos españoles vivirán sin acariciarlos), sino de empresas atrevidísimas y por estremo difíciles, algunas ya muy próximas á la imprenta, y reunidos los materiales con que han de elaborarse las restantes. Merece citarse en primer término la *Historia de los heterodoxos españoles desde Prisciliano á nuestros dias*, que será digna de colocarse al lado de la que sobre los herejes italianos escribió Cesar Cantu, á juzgar por los tres incomparables capítulos que, por dicha suya, ha escuchado con asombro la Academia de la Juventud Católica de Madrid; viene luego *La* biblioteca de *traductores españoles*, tesoro de erudicion biográfica y bibliográfica; «*La* historia de la Estética *en España*, *La historia de la filosofía española*; *El bosquejo*

de la historia científica y literaria de los jesuitas españoles desterrados á Italia por Carlos III; la continuacion de monografías de ilustres escritores montañeses, inauguradas con la referente á Trueba y Cosío, á la cual seguirán, Dios mediante, la de San *Beato* de *Liébana* (siglo VIII), comentador del Apocalipsis y polemista teológico contradictor de la herejía de Félix y Elipando.»

La de Fr. Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo (siglo XVI).

La de Juan de Herrera, el arquitecto del Escorial, no como tal, sino como adicto á la filosofía luliana y autor de algunos opúsculos en este sentido.

La de D. Bernardino de Escalante (siglo XVI), famoso tratadista de arte militar y de política.

La del P. Martin del Rio, que aunque nació *por casualidad* en los Paises-Bajos, fué hijo de padres montañeses.

La de D. Antonio de Mendoza, poeta lírico y dramático del siglo XVII.

La de D. José Gerardo de Hervás (el famoso Jorje Pitillas), de cuyo nacimiento *montaraz* tiene Menendez algunos indicios.

La de D. Rafael Floránes y Vélez de Robles, incansable erudito y escritor fecundísimo (sig. XVIII).

La de Fr. José de la Canal, uno de los continuadores de la España Sagrada (siglo XIX).

La de D. Carlos Laserna (sig. XIX), bibliógrafo notable por su «Diccionario de incunables,» y muy conocido; pero quizá antes vean la luz otra série *de Polígrafos Españoles* que inaugura *Juan Luis Vives,* en pos del cual vienen—*Los humanistas del Renacimiento, Las humanistas,* y *Los poetas hispano-latinos antiguos y modernos.* Por último, en menos de dos semanas, precisamente en los dias en que se preparaba para oposicion á la cátedra vacante en esta universidad, tradujo el *Prometeo de Esquilo,* con una fidelidad tan escrupulosa y por tan bellísima manera, que su lectura hizo el encanto, pocas

noches ha, de los concurrentes á la amenísima tertulia de un noble Prócer (*), diligente cultivador de las letras patrias.

Y ahora pregunto yo: ¿habrá quien dude que Menendez Pelayo es uno de esos dichosos mortales, *rara avis,* que de cuando en cuando suscita la Providencia para que descuellen sobre el nivel de los mas encumbrados? ¿Le hay? Pues ni siquiera le honro con mi desprecio; solo me inspira profundísima compasion.

CAPITULO IV.

Las oposiciones de Menendez Pelayo.

Demos por historiada la reñida batalla que sostuvieron en los cuerpos colegisladores varios de sus mas ilustres miembros, defen-

(*) Se alude al Excmo. Sr. Marqués de Heredia.

diendo un proyecto de ley que permitia ingresar en el Profesorado á la edad de 21 años: la ley fué un hecho, y Menendez pudo aspirar á la cátedra de *Historia de la literatura*, que ocupó en esta Universidad su erudito maestro el Sr. D. José Amador de los Rios. Y cuenta que merced tan señalada no la obtuvo nuestro amigo de tal ó cual determinado partido político: los infinitos que pugnan por hacernos felices, podian decir, hablando de Menendez Pelayo, *nec beneficio nec injuria cogniti;* y sin embargo, unidos á Pidal, el O'Conell español, y á Perez Hernandez, digno compañero suyo, dieron su voto, y antes el concurso poderoso de su autorizada palabra, diputados tan poco ultramontanos como el Sr. Gamazo, honra de nuestro foro, y senadores como el omnisciente D. Juan Valera. Prueba acabadísima, de que el jóven montañés traspasaba los límites á que solo llegan los escogidos, cuando su nombre era bastante á enlazar voluntades siempre separadas por hondo abismo; raro caso entre nosotros, donde

hasta la soberanía del talento, la mas hermosa de las soberanías, ha de ir uncida, so pena de ser contradicha, al demonio de la política. Pero suspendamos estas consideraciones, y recordemos los tres ejercicios en que consistieron las oposiciones de nuestro ilustre amigo.

Llegó el dia en que iba por vez primera á medir sus armas, y los claustros de la Universidad no podian contener la inmensa concurrencia, que acudió ávida de conocer y de juzgar por propia cuenta á Menendez Pelayo; allí la flor y nata de lo que Madrid encierra de notable en literatura y ciencias; gran parte del Claustro Universitario; políticos que llaman eminentes; escritores elocuentísimos; individuos de varias Academias; no pocos estudiantes, y el natural acrecentamiento que presta á todo linaje de solemnidades la inacabable turba-multa de los desocupados. En presencia de los cuales, y prévia invocacion á la Santísima Trinidad que hizo Menendez, retrotrayendo los actuales tiempos á

los felicísimos en que no se acometía bajo este cielo ninguna empresa, sin pedir ántes el auxilio Divino, explicó las diez preguntas que, sacadas al azar, constituyen el primer ejercicio de oposicion, segun reza el Reglamento. Tocóle por suerte hablar de la jigantesca figura de *San Leandro de Sevilla, considerado como orador*, que tan principalísima parte tuvo en el gran negocio de la conversion de los godos al catolicismo, y á cuyas instancias se reunió el célebre concilio Toledano, testigo de la abjuracion del arrianismo que hiciera Recaredo, y de la elocuencia de nuestro Santo, á quien escribia San Gregorio el Grande: «Yo me encuentro casi ahogado entre las ondas del Episcopado, y busco en vuestra intercesion una tabla donde asirme, para que ya que no merezca llegar con la nave entera á salvamento, pueda al menos arribar al puerto apetecido, despues de los quebrantos del naufragio;» de *San Eugenio de Toledo considerado como poeta*, que tanto enriqueció la literatura en unos tiempos de

general ignorancia y menguada cultura; *de las causas de la decadencia de nuestra poesía lírica en el siglo XVII*, que no las vé Menendez en la consabida *Inquisicion* ni demas lugares comunes que para la resolucion del problema ahora se estilan; hizo el exámen crítico de la *Celestina*, tan justamente celebrada por Gervinus en su *Historia de la poesía alemana;* discurrió sobre las «influencias árabes y rabínicas en la literatura del siglo XIV;» juzgó á *Calderon y su teatro*, con criterio muy poco ultramontano por cierto; explicó el estado d*e la poesía epico-histórica á principios del siglo XVII;* dijo *las partes en que se divide la literatura española*, y dedicó por fin el tiempo restante á describir la influencia de *Góngora y su escuela*, y á reseñar los *primeros historiadores de Indias;* materias todas que trató Menendez Pelayo con tal alarde de erudicion y con tan soberana maestría, que dióse el caso, nunca visto ni oido, de que los aplausos del auditorio ahogasen la voz del opositor, que vertia á torrentes el caudal

inmenso de su saber inagotable. Excedió las esperanzas de los que creian conocerle á fondo; muchos que fueron prevenidos en contra suya, por lo difícil que son de *tragar* las *fenomenalidades*, hacian coro á sus mas fervorosos panegiristas; alguien hubo que, sin darse por costumbre á la exajeracion, y sabiendo apreciar el mérito altísimo de los literatos que componian el tribunal (*), dijo á quien esto escribe: «Los mismos jueces han aprendido, y no poco, esta tarde.»

De esta suerte inauguró su oposicion nuestro ilustre amigo. La ansiedad por volver á escucharle crecia por momentos. No olvidarán ciertamente los que asistieron al segundo ejercicio, la impresion que causó en el ánimo de todos esta leccion admirable,

(*) D. J. Valera, Presidente, y Vocales, D. Aureliano Fernandez Guerra, D. Manuel Mila y Fontanals, D. Cayetano Rosell, D. Manuel Cañete, D. Tomás R. Rubí, y D. Francisco Fernandez y Gonzalez.

que con puntos y comas tenemos grandísimo placer en trasladar á este escrito, para que nuestros lectores admiren sus inenarrables bellezas.

Dice así:

HUMANISTAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI.

Abraza esta leccion una breve reseña de la literatura latino-hispana, ó sea del *humanismo* en el siglo XVI, como preliminar indispensable para el estudio de la literatura en lenguas vulgares. No es la primera vez que de estudios humanísticos habla nuestro programa, pues ya en las lecciones relativas al siglo XV, hicimos notar su predominio en la corte del Magnánimo Alfonso V en Nápoles, y más adelante el favor inusitado que logran en tiempo de los Reyes Católicos. Nuestros alumnos además, por ligeros que hayan sido sus estudios anteriores, deben saber ya lo que la palabra *Renacimiento* significa, así en la esfera de la ciencia como en la del arte. Por *renacimiento* entiende todo el mundo la resurreccion de las ideas y de las formas de

la antigüedad clásica. Pero esta resurreccion no podia hacerse sino en lo que era compatible con los adelantos y el espíritu de la civilizacion cristiana, y con el general movimiento de las naciones europeas. Así es que ni la idea ni la forma clásicas renacieron puras y sin mezcla, sino una y otra muy diferentes de lo que en Grecia y en Roma habian sido. No habian venido en balde el cristianismo, las invasiones germánicas y la Edad Media.

En cierto sentido, la palabra *Renacimiento* carece de exactitud histórica y hasta filosófica. Nunca se dan soluciones de continuidad en la historia, ni es posible abrir una zanja entre el mundo antiguo y el moderno. En ese sentido nada renació, porque nada habia muerto del todo. En las entrañas de la Edad Media palpitaba así lo bueno como lo malo de la civilizacion antigua. ¿Y cómo no, si la idea de lo bello, verdadera divinidad helénica, y la idea de justicia y unidad, que tiró á realizar el pueblo romano, son eternas é indestructibles? Así pues la civilizacion antigua no habia muerto, pero sobre ella habian obrado dos influencias diversas, de una parte el cristianismo para purificarla de herrumbres y de escorias, de otra un elemento ger-

mánico ó escandinavo, bárbaro y perturbador, aunque entrañase grandes gérmenes de vida política y social, mucho más que de vida literaria. El cristianismo habia adoptado las formas de la civilizacion y del arte antiguo: así se veia á Lactancio remedar el lácteo estilo de Tulio, á Prudencio reproducir las armonías de Horacio, á Sinesio acudir al metro anacreóntico y acordarse de la lira de Téos y de la de Lésbos, cuando iba á cantar los inenarrables dogmas de la Trinidad y de la Encarnacion. El cristianismo, pues, con espíritu diverso, con el verdadero y sano espíritu, contribuia á conservar la tradicion clásica. La lástima fué que los Padres de la Iglesia y los poetas cristianos encontraron moribundas ó decadentes las lenguas, que habian de servirles de instrumento, y fué lástima mayor (bajo el aspecto de la forma clásica, cuya historia vamos haciendo) que los nuevos elementos traidos á Europa por las invasiones del Norte, se mezclasen ó sobrepusiesen á la gloriosa tradicion latina, dado que la griega resistió más y no sin brillo.

Poco exclusivo soy en cuanto á formas. Mi prediléccion está por lo clásico, pero ni niego ni disputo las grandezas que por otros caminos se

lograron. No hago más que consignar el hecho. Pero sería aventurado y erróneo suponer que el germanismo influyó en España ó en Italia, como influia en Francia y en otros pueblos. Nosotros nos conservamos latinos hasta la médula de los huesos: civilizamos y latinizamos á los suevos y á los visigodos, y ni suevos ni visigodos dejaron aquí un libro, ni una piedra, ni un recuerdo. San Martin Dumiense el Apóstol de Galicia, imitó y extractó á Séneca; San Isidoro compendió en las Etimologías lo que alcanzaba de la ciencia antigua; y San Julian volvió la vista á los antiguos modelos históricos, á la vez que á los de Sulpicio, Orosio y otros historiadores eclesiásticos, cuando narró la rebelion de Paulo contra Wamba.

Por tales caminos anduvo la cultura española hasta el siglo XII, fecha eternamente memorable, no sólo por la aparicion de las lenguas vulgares, sino por las evidentes influencias extrañas. Pero ninguna ahogó el elemento latino, que llevábamos hasta en la sangre.

Por otro lado, todos los grandes hombres de la Edad Media, Carlomagno sobre todo, en aquellos conatos de restauracion imperial, en el nombre mismo de *imperio*, mostraron bien á las cla-

ras cuán grande era el poder de la antigüedad romana. Los recuerdos de esta abrumaron á los italianos, y por eso no tuvieron epopeya, género de la Edad-Media por excelencia. Nosotros, ménos latinos que los italianos pero más que los franceses, la tuvimos incompleta y fragmentaria, gracias á nuestra lucha con los musulmanes.

Pasos para el Renacimiento son en el siglo XIII la fundacion de escuelas generales ó universidades, así como los trabajos de Alfonso el Sabio. El primer escritor que entre nosotros obedece, como artista, á este influjo de la antigüedad es el autor del poema de Alejandro. Más adelante el Arcipreste de Hita se inspira en el *arte de amar*, parafrasea la comedia *de Vetula*, y hasta presenta reminiscencias de los cantos goliárdicos de los estudiantes del norte.

Porque en la Edad Media vive lo malo de la antigüedad, la poesía epicúrea y sensual, las aficiones *non sanctas*, de que tanta y tanta muestra hallamos en las poesías latinas coleccionadas por Du-Meril y otros.

Pero el *Renacimiento* no podia detenerse en la imitacion directa, en la reproduccion de formas aisladas, ni siquiera en el espíritu: buscaba la

forma antigua en toda su amplitud, hasta en sus últimas concreciones de lengua y ritmo. De aquí la restauracion de la lengua y prosodia clásicas, restauracion que por primera vez se hizo en Italia.

En España tarda en penetrar este último Renacimiento: poco ó nada saben de él los ingénios de la corte de Don Juan el Segundo. Contentábanse, segun la expresion del Marqués de Santillana, con las materias, ya que no podian poseer las formas. Los primeros españoles que sintieron esta necesidad de las formas fueron Fernando de Valencia, Jaime y Gerónimo Pau, Luciano Colomér, todos los humanistas protegidos por Alfonso V, y discípulos ó émulos de los Filelfos, Vallas, Poggios y Beccadellis: más adelante Ambrosio de Victoria, que helénicamente se llamó Nicandro, y aquellos mancebos portugueses, Miguel Teixeira entre ellos, que concurrian á las áulas de Angelo Poliziano, y en Roma Rodrigo Sanchez de Arévalo que procuraba dar forma clásica á su *Historia Hispánica*, antecediendo en esto al Gerundense, y Fernando de Córdoba, que escribia en elegante latin su *de omni scibili*.

En otra leccion queda expuesto el amparo y

favor dado por los Reyes Católicos á los cultivadores de las letras humanas así extrangeros v. g. Pedro Mártir y Marineo Sículo, como españoles, entre los cuales brillan Antonio de Nebrija, tan ilustre poeta como humanista y en todo género de estudios excelente, Doña Beatriz Galindo, y el portugués Arias Barbosa, patriarca de los helenistas peninsulares. Hablamos tambien del singular y fecundísimo maridage que en la escuela complutense y so la égida de Cisneros hicieron los estudios orientales, representados por Alfonso de Zamora y Paulo Coronel, y los clásicos en que al lado del griego Demetrio Ducas Cretense brilla el toledano Lorenzo Balbo de Lillo, conmentador egregio de Valerio Flaco y de Quinto Curcio.

El Renacimiento, ó concretando más, la literatura latino-moderna tenia ya carta de naturaleza en España. Durante todo el siglo XVI continúan sus glorias. Ibamos despues de Italia y al nivel de los Paises Bajos y de Francia, ya que en algunas cosas no los superásemos. Ahora conviene ir examinando los frutos del Renacimiento en cada uno de los géneros literarios que en lengua latina se cultivaron, reservando para otras lecciones los vulgares.

Comencemos por la didáctica. El Renacimiento trae á esta forma dos cosas: el espíritu crítico y el arte del estilo. No porque faltase toda *crítica*, es decir, *juicio* (que esto fuera absurdo) en los teólogos y filósofos de la Edad-Media, sino porque les faltaba la crítica fundada en el estudio de las fuentes helénicas y latinas, en la comparacion de diversos textos, en las ciencias auxiliares así exegéticas como arqueológicas, y porque de otra parte les abrumaba el peso de la autoridad de Aristóteles. La filosofía griega en sus diversos sistemas, la Patrística así griega como latina, no fueron formalmente conocidas y estudiadas hasta el siglo XV. Entonces Leonardo Aretino y otros dieron á conocer, en elegantes traducciones, al verdadero Estagirita; Lorenzo Valla osó contradecir sus dogmas acercándose á los epicúreos, y la célebre cuestion platónico-aristotélica, en que quebraron lanzas Gemisto Pleton, el Cardenal Bessarion, Jorje de Trebisonda y nuestro Fernando Cordobés, la fundacion de la academia platónica de Florencia, en tiempo de Lorenzo el Magnífico, fueron los preludios de la innovacion filosófica. Coincidió este movimiento con la general decadencia de la escolástica, en cuyas filas, solo por excepcion, fi-

guraban entonces varones tan esclarecidos como el Cardenal Cayetano.

En el Siglo XVI la ola innovadora amenaza anegar el viejo edificio, y mientras Pomponazzi aventura desde Bolonia sus paradojas contra la inmortalidad del alma, y en Alemania escribe Rodolfo Agrícola su elegante dialéctica, y el Cardenal Nicolás de Cusa reproduce el pitagorismo, y Erasmo persigue con las aceradas sátiras de los *Coloquios* y del *Elogio de la locura* á los doctores de la Sorbona, verifícase en España un movimiento de reaccion contra los dogmas aristotélicos, no tomado hasta ahora en cuenta por los historiadores.

No es de nuestra incumbencia (pues no se trata aquí de historia de la filosofía) examinar en su parte íntima y sustancial este movimiento. Pero lícito nos será recordar los nombres de algunos escritores, igualmente recomendables por el estilo que por la ciencia, á quienes se debe la introduccion del estilo clásico y del espíritu crítico en la filosofía.

Para limpiar el establo de Augias de las preocupaciones escolásticas, levantóse el valenciano Juan Luis Vives, génio el más universal y sintético que produjo el siglo XVI en España. Pue-

de decirse que él compendia nuestro renacimiento. En la reforma de los estudios y disciplinas, principal objeto de sus libros *de causis corruptarum artium* y *de tradendis disciplinis*, precedió al canciller de Verulamio, como asimismo le antecede en haber reivindicado los fueros de la experiencia, formulando los cánones de la induccion en aquellas palabras que otra vez he citado: «*Ex singularibus aliquot experimentis colligit mens universalitatem, quæ compluribus deinceps experimentis adjuta et confirmata, pro certa explorataque habetur. Ceterum experientiæ temerariæ sunt atque incertæ, nisi ratione regantur, quæ adhibenda est illis tanquam clavus aut gubernator in navi. Alioqui ferentur temere, et fortuita erit ars omnis non certa. Fieri enim convenit ut experientia artem pariat, ars experientiam regat.* Pero no se dejó arrastrar Vives, como Bacon (recientemente lo ha advertido Barthélemy St.-Hilaire) por un espíritu ciego de oposicion á Aristóteles. Gustaba mucho del Aristóteles puro, no del de los escolásticos. Por eso sus tratados lógicos no son más que una simplificacion del *organum*, y su libro *de prima philosophia* es en lo esencial un tratado de metafísica peripatética. Por el contrario, el tratado *de anima et vita*, en que proclama y sigue la

observacion psicológica, debe contarse entre los precedentes de la escuela escocesa.

Era Vives fervorosísimo católico, y bien lo muestra en su admirable libro *de veritate fidei christianæ*, especie de *summa contra gentes*, acomodada al gusto del siglo XVI.

Es el estilo de los tratados de Vives algo duro, pero sóbrio, preciso, grave y notable por la claridad, correccion y limpieza. No cae en las manías ciceronianas de Sadoleto, de Bembo, y otros humanistas de la córte de Leon X, y quizá por eso pone algo más de propia genialidad en sus obras. La cualidad capital de su entendimiento era el *juicio*. Y este *juicio* claro, penetrante y agudo, descuella no sólo en sus obras filosóficas y de educacion, que son sin duda las principales, sinó en algunas más literarias, v. g. el tratado *de ratione dicendi*, donde sábiamente compendió lo más útil de los retóricos antiguos, y en algunos libros morales escritos con primorosa delicadeza, sobre todo en el *de institutione feminæ christianæ*, verdadero modelo de *la perfecta casada* de Fr. Luis de Leon.

Muy semejante á Vives en las condiciones de escritor didáctico, pero más ameno, agradable y ligero se mostró el sevillano Sebastian Fox Mor-

cillo que, admirador por igual de Platon y de Aristóteles, se propuso conciliarlos en una síntesis, escribiendo su libro *de Platonis et Aristotelis consensione*, donde sostiene, al modo de algunos hegelianos modernos, que la *idea* de Platon es la *forma* de Aristóteles, cuando llega á concretarse y traducirse en las cosas creadas. Los libros de Fox, especialmente el *de demonstratione* (que no deja de tener alguna analogía con el *Discurso del Método de Descartes*), son de muy apacible lectura, y han de contarse entre los más bellos que produjo el Renacimiento, aun incluidos los de Marsilio Ficino, Leon Alberti y otros platónicos de la escuela de Florencia. A veces emplea Fox el diálogo al modo de Platon, v. g. en los *de honore* y *de gloria*.

Ni esquivaban esta forma, casi olvidada en la Edad-Media, y tan favorita de la antigüedad por la animacion dramática que presta á la exposicion, los que se llamaban en el siglo XVI peripatéticos helenistas, es decir, los que, despreciando las traducciones latinas de Aristóteles y la barbarie escolástica, se iban derechos á las fuentes. Buen ejemplo nos da de ello el cordobés Juan Ginés de Sepúlveda, elegante traductor de la *Etica* y de los *Parva Naturalia* de Aristóteles,

así como de los comentarios de Alejandro de Afrodisia á la Metafísica. Fué Sepúlveda uno de los más insignes ciceronianos del siglo XVI, y entre los nuestros solo puede comparársele Jerónimo Osorio. El estilo de este es más abundante y fluido, el de Sepúlveda más severo, sobre todo en su apología de la libertad humana contra los Luteranos, en sus controversias con Erasmo y Fr. Bartolomé de las Casas, en su diálogo *Democrates, sive de justi belli causis.* Las obras históricas, que compuso en su vejez, adolecen de más afectacion.

Cuando Pedro Ramus comenzó á destruir en la universidad parisiense el crédito de Aristóteles, ya muy menoscabado en España por las críticas de Vives y por las *ocho levadas* del salmantino Herrera, levantóse contra él el célebre jurisconsulto lusitano Antonio Gouvea, en una obra maestra de polémica, aunque la desdoren aquellas intemperancias y ferocidades propias de toda polémica entre eruditos y humanistas del siglo XVI. Allí muele y tritura como alheña nuestro buen portugués la *Dialéctica* y las *Animadversiones* de Ramus; pone de manifiesto sus plagios; le corta diestramente la retirada, y demuestra la inanidad de sus innovaciones lógicas.

Pero no era solo entre platónicos y aristotélicos la cuestion. Al paso que se iban reuniendo los materiales para nuevas construcciones, renacian los sistemas griegos, y un contemporáneo y paisano de Vives, Pedro Dolése en su *Suma de Filosofía y Medicina*, resucitaba el atomismo de Leucipo y Demócrito, á cuyos reales se acogieron más tarde Gomez Pereira y Francisco Vallés.

Ni de la *Antoniana Margarita* del uno, que se adelantó al Dr. Reid y á la escuela de Edimburgo en echar por tierra la antigua doctrina del conocimiento por medio de las especies inteligibles, ni de la *Philosophia Sacra* del segundo, que puso en el *fuego* la unidad dinámica, tengo que tratar aquí. En un estudio que hace tiempo publiqué, hablo extensamente de uno y otro. Sus obras, escritas en un latin mediano, aunque muy superior al de los escolásticos, sobrado difusas, y no muy ricas en galas de estilo, tienen más interés científico que literario.

No así el libro escéptico del portugués Francisco Sanchez, titulado *de multum nobili, prima et universali scientia, quod nihil scitur*, publicado un año antes que los *Ensayos* de Montaigne, con quien en muchas cosas coincide. Nada más ligero y agradable que la forma literaria de ese

librito, escrito un poco á la Francesa, en honor de la verdad. Pero bueno será advertir que el escepticismo de Sanchez, á diferencia del de Montaigne y Charron, es sólo de tejas abajo.

Sería prolijo y no necesario enumerar á todos los pensadores del siglo XVI, que muestran condiciones de estilo y se recomiendan por una suelta y agradable exposicion didáctica. Sólo debo hacer una excepcion en favor de Cardillo de Villalpando por su docta, aunque poco convincente, *Apología* de Aristóteles en la cuestion de la inmortalidad del alma.

Ni se limita á la filosofía el influjo del Renacimiento. Tambien penetra en la Teología, escardándola de muchas cuestiones inútiles, de argumentaciones interminables y supérfluas, reduciéndola á método y forma más llanos y seguidos, volviéndola á sus verdaderas fuentes y lugares, es decir á la Escritura y á los Padres, y exornándola con las flores de la elocuencia y de las letras humanas. Entre los primeros que adornaron á la hija de Sion con los despojos de Egipto, debo recordar al franciscano andaluz Fr. Luis de Carvajal, grande y temible adversario de Erasmo. Su libro *de restituta Theologia* precede y anuncia á Melchor Cano. Ni él ni Carva-

jal condenaban ni podian condenar á bulto esta escolástica. Antes que Leibnitz afirmara que en aquel estiércol habia mucho oro, habia dicho Fr. Luis, hablando de los teólogos de la Edad Media: «*Sub pallio sordido, hoc est, sub eorum barbarie, sæpe latere sapientiam agnosco.*»

Pero la idea de formar una Tópica teológica pertenece de derecho al dominico Melchor Cano. Por esto, y por las formas elegantísimas de su libro, tan ciceroniano como los de Lactancio, y dechado de órden, de claridad y de concision, han puesto siempre sobre su cabeza el libro *de locis* nuestros teólogos, estremándose quizá en la alabanza. Gloria altísima fué para Cano el haber aplicado á la Teología, sin separarse de la pura doctrina tomística, aquel plan de reforma de las disciplinas, que Vives concibió y expuso en términos generales. Y es para extrañar ciertamente que no haga bastante justicia á aquel sábio valenciano, ántes hable de él con cierta acritud, diciendo que anduvo feliz al señalar la corrupcion de los estudios, pero no al proponer los remedios. Sin embargo, la sana crítica entroncará siempre á Melchor Cano con aquella direccion clásica del Renacimiento, cuyo más eximio representante es entre nosotros el hijo de

Blanca March. Y no sólo en Víves, sino en sus amigos y discípulos, toma ejemplo y enseñanza Melchor Cano. Sirva de muestra el libro XI de los mismos *Lugares teológicos*, donde tan ámpliamente se aprovechó del libro de las *Cuestiones del templo* de Juan de Vergara, primer impugnador de las ficciones de Manethon y de Beroso (de Anio Viterbiense) y padre de la crítica histórica entre nosotros.

La restauracion de las formas ciceronianas no se limitaba á los tratados didácticos. Lleváronla á la oratoria, así sagrada como profana, Bembo y Juan della Casa. Entre los nuestros respondieron á la voz de la antigüedad que resonaba *dai fori cadenti*, algunos oradores latinos, de quienes tenemos preciosas aunque escasas muestras. A la diligencia de Cerdá y Rico se debe el que poseamos en coleccion los discursos pronunciados en Trento por Pedro de Fuentidueña, Gaspar Cardillo de Villalpando, etc., etc. Citaré entre los de este, como modelo de nerviosa argumentacion y varonil estilo, el que pronunció sobre negar á los Sajones la comunion bajo las dos especies.

Otra oratoria ménos animada, ménos briosa. más académica y hasta cierto punto escolar, pero dulce, rica y halagueña, útil para traer á los

jóvenes al amor de la sabiduría unida con la piedad, es la del jesuita alicantino Pedro Perpiñá, luz de los áulas parisienses, como en otro género de estudios lo fué su contemporáneo Maldonado. De Perpiñá dicen los que con asombro le oyeron, que como en otro tiempo de la boca de Néstor así de la de nuestro jesuita salia una oracion más dulce que la miel. Las 22 oraciones suyas que hoy tenemos, sobre todo el panegírico de Santa Isabel, y el discurso *de humana philosophia perdiscenda*, le dán el primer lugar entre los oradores académicos de su tiempo.

Mayor cultivo que la elocuencia obtuvo entre aquellos humanistas la historia, pero casi todos tendieron ántes á la abundancia generosa y rico estilo de Tito Livio, que á la severa concision de Tácito y de Salustio, que habia querido imitar Policiano en el comentario sobre la conjuracion de los Pazzi. Tienen pues, todos cierto parentesco, y no deja de causar alguna extrañeza el contraste entre la lengua muerta de que usan y lo vivo y cercano de los acontecimientos que narran. Así el Obispo de Silves describió con *elegántisima luxuries*, no exenta de sinonimia, y con grande aparato retórico, la vida de D. Manuel de Portugal y los hazañosos descubrimientos de

Vasco de Gama. Así Sepúlveda, con más cuidado de la elegancia que de la exactitud, compiló las Décadas «*de orbe novo*» valiéndose especialmente de las narraciones de Francisco Lopez de Gomara. Con mayor estudio y puntualidad, aunque no sin pagar tributo á la adulacion palaciega, historió el mismo Sepúlveda los hechos de Carlos V, y alguna parte de los de Felipe II. Cristóbal Calvete en su áureo librito *De aphrodisio expugnato*, sobre la toma de una ciudad de Berbería, mostró en un asunto ténue alientos dignos de más alta empresa, y mereció que de su libro se hiciesen hasta ocho ediciones, adoptándose de texto en muchas cátedras de latinidad. Cerró con llave de oro este cultivo de la forma histórica el P. Juan de Mariana con su *Historia* latina, que será objeto de otra leccion. Gibbon ensalzó esa Historia, diciendo de su autor, que era en todo y por todo otro Tito Livio.

De la historia á la poesía el tránsito es fácil, y en verdad que casi ninguno de los humanistas de este tiempo dejó de pedir inspiracion á las musas latinas, y aun algunos á las griegas. Poesía épica, épico-didáctica, descriptiva, lírica y aun dramática..... *nihil intentatum liquere* podemos decir con Horacio, y en todo dejaron mo-

numentos, si inferiores á la *Siphilide* de Fracastor, á la *Cristiada* y á la *Poética* de Vida, al *Parto de la Virgen* de Sanázaro, á las *Silvas* de Angelo Poliziano y á los *Besos* de Juan Segundo, no indignos, por lo ménos, de ser recordados con elogio despues de aquellas ricas preseas del arte moderno. La simple enumeracion de los poetas latino-hispanos del siglo XVI, daría lugar á un estudio extenso, que ni puedo ni debo hacer ahora. Por otra parte, no hemos de negar que hay mucho de convencional, de amanerado, de retórico y de académico en toda aquella poesía. Me limitaré, pues, á unos cuantos autores, que ó por la individualidad más pronunciada de su organismo poético, ó por lo singular de los asuntos y de los géneros, ó por celebridad notoria, merecen separarse de la grey comun y del *servum pecus* de los imitadores.

Justo sería hacer los primeros honores á una dama, cuando razones cronológicas y de mérito intrínseco, por otra parte, no lo abonasen. La hermosa y honestísima toledana Luisa Sigéa, cuya fama fué torpemente amancillada por Nicolás Chorier con la publicacion del infame libro *Elegantiæ latini sermonis*..... nos dejó por única obra auténtica (fuera de 16 epístolas inéditas que

tengo copiadas y publicaré pronto) un cuadernito de poesías latinas, entre las cuales descuella su poema de *Cintra*. De dos hechos importantes nos da razon su estudio: 1.º la influencia femenil en las letras humanas, la tradicion helénica de las Safos, Erinas y Mirtos continuada en la Italia de los siglos XV y XVI, por la discreta veneciana Casandra Fedele, á quien tanto admiró Poliziano, por Verónica Gambara, por la divina Victoria Colona y por Olimpia Fulvia Morata, que desgraciadamente pagó tributo á los errores de la Reforma. En España es tan grande el número de estas humanistas, que yo he logrado adquirir noticias de más de 39.

El otro carácter de la poesía de la Sigéa, y uno de los caracteres de la poesía del Renacimiento, es la aficion descriptiva. De ello es buen ejemplo el poema *Cintra*, que hace tiempo traduje al castellano, y que en el original comienza:

Est locus occiduas.....

La descripcion es algo vaga y no libre de reminiscencias bucólicas, pero elegante. El sentimiento de la naturaleza es verdadero, aunque no profundo. Aquella *saudosa Cintra*, que habia de inspirar á tantos poetas hasta los tiempos de Byron y de Almeida Garrett, está descrita por

nuestra poetisa con exactitud, pero con poco enérgico colorido.

Otra fase del Renacimiento se personifica en Alvar Gomez, señor de Pioz. Las exageraciones y recrudescencias paganas de Italia habian inspirado á algunos varones timoratos el deseo de aplicar las *formas* antiguas á materias cristianas. Esto hizo el obispo de Alba en la *Cristiada*, y esto tiró á realizar Alvar Gomez cantando en su *Thalicristia*, empedrada de hemistiquios virgilianos, el triunfo de nuestra Redencion, parafraseando en dísticos, á imitacion de los de Ovidio y Propercio, las epístolas de San Pablo en la *Musa Paulina*, y convirtiendo en odas horacianas los salmos penitenciales. Este simpático y cristiano poeta, se distingue más por la lozanía y abundancia, un tanto desaliñada, de su estilo, que por el nérvio.

A la poesía epigramática, á imitacion de Catulo y de Marcial, dedicó su agudo ingenio Juan de Vergara, secretario del Arzobispo Fonseca, varon de altos pensamientos, que se jactaba de tener en Vergara un escritor de cartas latinas en nada inferior al Bembo, que ocupaba igual cargo cerca de Leon X. Tambien ensayó Vergara (si la *Callipœdia* es suya) un extraño género de

parodia, levantado á grande altura por el mantuano Teófilo Folengo: la poesía macarrónica entreverada de latin y de romance con terminaciones latinas, pero sometida á las severas leyes del metro y de la cuantidad. Vergara inaugura en España este género, que más adelante, en el siglo pasado, produjo composiciones saladísimas como el *Palito métrico* de Antonio Duarte Ferram, ó sea el prior de Nuestra Señora de Nazaret en Coimbra.

El toledano Juan Perez, que latinizó su apellido llamándose *Petrejus*, autor de un poema de la Magdalena, semejante á los de Alvar Gomez, y de una oda horaciana en loor de Melchor Cano, presenta entre todos los escritores de este ciclo la singularidad de haber cultivado la poesía dramática, aunque no de propia Minerva, sino traduciendo en prosa latina cuatro comedias del Ariosto (la Lena, el Nigromante, la Cassaria y *Suppositi*).

A estos primeros vates, nacidos y educados casi todos en el reino de Toledo y en las aulas complutenses, sucede otro grupo formado por los que habian recibido su instruccion en los Paises Bajos, algunos de ellos bajo el magisterio y disciplina de Erasmo y de Luis Vives. Solo

nombraré á dos, porque el tiempo apremia: el célebre anticuario Andrés Resende, que cultivó no infelizmente, aunque degenerando á veces en prosáico y desaliñado, la silva ó poema corto, á imitacion de Estacio y de Angelo Policiano (como lo prueban v. g. el encomio de Erasmo y el panegírico de la universidad de Lovaina), y el burgalés Fernan Ruiz de Villegas, á quien el Dean Martí, primer editor de sus poesías, compara con los mejores vates ítalo-latinos del Renacimiento. Fáltale, no obstante, su correccion y exquisito esmero, aunque ingenio le sobra. Tocó casi todos los géneros poéticos, brillando más en la égloga. Quizá su obra maestra es la que compuso á la muerte de Luis Vives.

Otro grupo pudiéramos formar de poetas aragoneses y valencianos, concediendo el primer láuro á Juan de Verzosa, como imitador de las sátiras y epístolas del Venusino, á Antonio Serón, bilbilitano, por sus elegías amorosas escritas á imitacion de Tíbulo, y no sin influencia de Juan Segundo, y á Jaime Juan Falcó, por sus odas horacianas, por su admirable sátira de *los jugadores* (*in aleatores*), y por sus epigrámas, que compiten á veces con los de Marcial. ¡Lástima que Falcó perdiese gran parte de su vida en dos

empresas insensatas, la de poner en verso latino la Etica de Aristóteles, y la de buscar la cuadratura del círculo! Por cierto que en un éxtasis de gozo, cuando creyó haber resuelto el problema, compuso unos versos de esquisita elegancia, dignos de Catulo.

No hablaré aquí, porque en otra leccion de este programa les he dado cabida, de los poetas latinos de la escuela sevillana, de Malara, del Maestro Francisco de Medina, de Diego Giron, y sobre todo del canónigo Pacheco, cuyo dulcísimo canto en loor de Garcilaso: «*Natalis almo lumine candidus*» juzgó Luzán merecedor de equipararse con las odas del siglo de Augusto.

Con menos vocacion de poetas, pero con gran conocimiento de la lengua del Lácio y de los recursos del estilo, escribieron Gouvea sus elegías amatorias, Antonio Agustin su oda á Latino Latinio, donde la impresion de la grandeza romana contemplada en sus ruinas está hondamente sentida, Juan Páez de Castro su Epicédio de Garcilaso, y Francisco Sanchez de las Brozas versos de todo linaje así sagrado como profano, entre los cuales es notable el himno de San Marcelo. Un lugar aparte hay que dedicar á Arias Montano.

En tanto una legion de filólogos, preceptistas y comentadores se enseñoreaba de nuestras universidades, lanzando de sus últimas trincheras á los sofistas. Lo que aquellos pulidos humanistas llamaban *la barbarie* habia sido casi desalojada de Salamanca por Nebrija y Arias Barbosa. De sus manos pasó el cetro á las del Comendador griego Hernán Nuñez, que tanto trabajó en la correccion y en las variantes de los textos de Séneca, Plinio y Pomponio Mela, y que no menos benemérito de las letras helenas que de las latinas trajo por primera vez á España buen número de códices griegos: ejemplo seguido por don Diego de Mendoza. Despues de Hernan Nuñez, el patriarcado de la escuela de Salamanca recayó en el Brocense, padre de la Gramática general con su *Minerva*, y hombre de espíritu libérrimo é independiente, segun lo acreditan aquellas palabras suyas: *Multa veteres philosophos latuerunt quæ Plato eruit in lucem; multa post eum invenit Aristoteles; multa ignoravit ille quæ nunc sunt passim obvia: latet enim veritas, sed nihil pretiosius veritate;* principios que él, siguiendo á Pedro Ramus y al español Nuñez Vela, aplicó con inflexible rigor al exámen de la lógica peripatética en el libro *de los errores de Porfirio*. La tradi-

cion y enseñanzas filológicas del Brocense fueron continuadas en Salamanca durante los primeros años del siglo XVII por su yerno Baltasar de Céspedes, y por el maestro Gonzalo Correas.

No ménos brillante cuadro ofrecian las áulas complutenses, donde á los Balbos, Ducas y Vergaras habian sucedido el cancelario Luis de la Cadena, el elegante peripatético Cardillo de Villalpando, y el perspícuo retórico Alfonso García Matamoros, que trazó, como ninguno en su tiempo, las reglas de la oratoria sagrada, y tuvo la dicha de historiar por primera vez todo el movimiento literario que venimos siguiendo, cuando escribió su *Apologia pro adserenda hispanorum eruditione*. ¡Lástima que esta obra se resienta de profusion de elogios, y que á veces el aliño retórico se sobreponga en ella á la conciencia histórica.

¿Y qué decir de las áulas valentinas, donde Pedro Juan Nuñez, de vuelta de París, curado ya de sus exageraciones ramistas, y convertido al culto de Aristóteles, fundaba aquella escuela helenística que produjo obras tan memorables como las *Explanaciones á Dionisio Aphro*, trabajo del maestro, y el tratado de la *Entelechia* de Monllor, y los trabajos sin número de Vicente Marinér, autor quizá el más fecundo que ha tenido

España, aunque entren en cuenta el Tostado y el mismo Lope de Vega?

Nada se dejó por intentar en aquel dichoso siglo: el valenciano Gélida, profesor en Burdeos, remedaba á las mil maravillas el estilo epistolar de Ciceron; Antonio Agustin, entretenido en Bolonia con aquellos sabrosos coloquios de que nació el diálogo *de Gloria*, principal libro del ciceroniano Orosio, sacaba á luz por primera vez con ayuda de Fulvio Ursino y otros italianos, buena parte de los fragmentos *de lingua latina* de Varron y otros gramáticos; Páez de Castro comentaba la Poética de Aristóteles; Gouvea acrisolaba el texto de las comedias de Terencio; Aquiles Estaço ponia en verso latino los himnos de Calimaco, y Miguel Cabedo el Pluto de Aristófanes. Y en tanto se multiplicaban las gramáticas griegas y latinas, llevando á su frente los egregios nombres de Sanchez, Nuñez, Vergara, Sempere, Correas y Manuel Alvarez. Como y por qué causas se fué oscureciendo, aunque sin desaparecer del todo ni en los dias más calamitosos de fines del siglo XVII, este esplendor de las letras humanas, será tarea de otra leccion, donde sigamos el curso de los estudios humanísticos hasta el siglo XVIII.

Ahora cumple dejar notado que el carácter eminentemente arqueológico del renacimiento no podia ménos de influir, é influyó de hecho, en los estudios de antigüedades, epigrafía y numismática. Puede decirse que el Arzobispo de Tarragona Antonio Agustin, creó esta ciencia con sus *Diálogos de medallas*, así como dió no escasa luz á la historia con sus investigaciones sobre familias romanas. El cordobés Juan Fernandez Franco, el lusitano Resende, Luis de Lucena, Llanzol de Romaní y tantos otros, con estudios sobre vias romanas, piedras, epitáfios y geografía antigua de la península, hicieron posible la publicacion de las *Antigüedades de España* del maestro Ambrosio de Morales. El entusiasmo por la antigüedad se habia apoderado de todos, y no había ciudad que no buscase su nombre y abolengo en tiempo de los romanos, citando en prueba algun monumento ó inscripcion. En todo esto se erraba y fantaseaba mucho, porque la crítica histórica no habia llegado á su periodo de madurez, pero la direccion de los estudios era acertada, aunque los resultados no siempre correspondiesen.

Hasta en los estudios jurídicos penetró el renacimiento, llevando á ellos el sentido históri-

co, la crítica de los textos, y la elegancia y amenidad del lenguaje. A los dos grandes luminares de la jurisprudencia en el siglo XVI, Alciato y Cujacio, opone España sin desventaja otros dos, Antonio Agustin y Gouvea. Parece imposible escribir sobre materias tan áridas como la ley Falcidia ó la sustitucion vulgar y pupilar, con el suelto, limpio y agradable estilo con que escribió Gouvea. Los diálogos *de emendatione Gratiani*, de Antonio Agustin, forman época en la historia del derecho canónico. Ni fué extraño al civil, ántes trabajó con indecible estudio en la correccion de las *Pandectas*. Tres siglos no han podido borrar en la hermosa Biblioteca Laurenciana el recuerdo de las visitas de aquel varon insigne, y de las horas que pasaba sobre el códice Amiatino.

Tremendas censuras se han dirigido contra toda esta literatura del Renacimiento en España y fuera de ella. Acúsasela de haber deprimido y contrariado el espíritu nacional, desacreditando las lenguas y las literaturas modernas. Hay en esto un fondo de verdad, pero tambien exageracion evidente, sobre todo si aplicamos la censura á los grandes escritores de esta edad. Cierto que no podian complacerse mucho en las *gestas*, en la

poesía heróico-popular, ruda aunque grandiosa, enamorados, como estaban, de la purísima forma que la misma Vénus Urania mostró sin cendales á los ojos de los griegos, pero tambien es cierto que eran artistas, y como tales admiraban lo que artísticamente era bello y digno de admiracion en el arte y en la poesía de la Edad-Media. Así Filelfo explicaba desde la cátedra la *Divina Comedia*, y Angelo Poliziano, el ingénio más pagano de entonces, hacia en estos versos de una de sus silvas el más grandioso elogio de los tres poetas Florentinos:

Nec tamen Aligherum fraudarim hoc munere Dantem
Per Styga, per cœlos, mediique per ardua montis
Pulchra Beatricis sub virginis ora volantem, etc., etc.

Así Erasmo admiraba á Gil Vicente, comparándole nada ménos que con Plauto. Por lo que hace á nuestra Castilla, dan testimonio de que el desprecio de la lengua y de la poesía vulgar no eran tan grandes como se pondera, la *Gramática castellana* de Antonio de Nebrija, escrita con tanto amor y diligencia, y las citas que hace de romances viejos, pretendiendo reducirlos á la métrica antigua. Del mismo modo Hernan Nu-

ñez, que recogió los refranes de las viejas y comentó á Juan de Mena, y el Brocense, que tuvo el pensamiento de traducir á Ausias March, eran tan españoles como el más español de su tiempo.

Tambien se ha acusado al Renacimiento de anti-cristiano en la filosofía y anti-cristiano en el arte, y hasta de aliado de la Reforma. Por lo que toca á España, apenas tenemos que defendernos de tales acusaciones. Cierto que en aquella especie de fanatismo por la antigüedad, que se apoderó de muchas cabezas en el siglo XVI, echaron á volar algunos italianos delirios olvidados de la filosofía griega; así Pomponazzi cayó en el materialismo, Ficino no anduvo inmune de los sueños teosóficos, y Giordano Bruno fué precursor del panteismo moderno, sobre todo del de Schelling. Pero nuestros filósofos, si quitamos á Miguel Servet y á algun otro mucho más oscuro, se libraron del contagio, gracias á lo arraigado de su fé católica. Y dentro de estos límites no puede dudarse que la obra del Renacimiento fué útil volviendo por los fueros de la libertad filosófica (no se tome esta expresion *in malam partem*), algo negados ú oscurecidos por la intolerancia y exclusivismo de los aristotélicos; trayendo el conocimiento de

la filosofía griega en sus originales, defendiendo el método de observacion, y aun suscitando algunas novedades provechosas en el campo de la psicología experimental y de la física ó filosofía de la naturaleza. A todo lo cual se añadió la claridad y elegancia de las formas expositivas. Ni ha de decirse que aquellos innovadores filosóficos comprendian en sus censuras toda la filosofía de los tiempos medios. Así procedieron algunos espíritus inquietos, petulantes y arrojados, como Pedro Ramus, pero de ninguna manera Víves, pródigo siempre de elogios para Santo Tomás y los tomistas. Sus más récias invectivas recaen en los discípulos de Averroes, gente pedantesca, execrada tambien por el Petrarca, é igualmente dañosa á la causa del buen gusto que á la de la religion. *Dios llenó el mundo de árboles y de flores*, dice Víves, *y esos Averroistas le han llenado de cruces y potros para atormentar el entendimiento humano y apartarle del espectáculo de la naturaleza.*

Por lo que hace al paganismo en el arte, cierto que son dignos de execracion algunos extravíos de los humanistas italianos, v. g. el *Hermaphrodita* de Beccadelli (cuya obscenidad es tal, que la mayor parte del libro consérvase aún inédita

en la Biblioteca Laurenciana) ó la oda *in anum libidinosam* que Angelo Policiano imitó de Horacio, ó finalmente ciertos epigrámas de Sanázaro, Pero prescindiendo de que semejantes extravíos no faltan en los autores de la Edad-Media, es necesario hacer una excepcion en favor de los poetas latino-hispanos, cuya castidad de pensamiento y de expresion es tal, que no recuerdo ahora composicion ninguna de ellos que pueda calificarse de escandalosa, al paso que en la literatura castellana del mismo tiempo las hay harto libres. Ni puede decirse que tomaban con preferencia asuntos paganos: ¿qué poetas más cristianísimos pueden hallarse que Alvar Gomez y Arias Montano, por ejemplo, los cuales evitan cuidadosamente hasta las alusiones paganas, tomando solo de los gentiles los primores de lengua y ritmo?

Que el Renacimiento fué aliado de la Reforma, es otro lugar comun muy repetido en estos últimos tiempos, y casi tan infundado como los otros. Ante todo conviene distinguir el carácter que tomó el Renacimiento en los países del Norte, y el que tenia en Italia y España. Aquí era mucho más artístico, allí más batallador y agresivo. Bajo la corteza latina palpitaba la bar-

bárie germánica, y el ódio y envidia á las grandezas de los pueblos meridionales. Así Erasmo con los *Coloquios* y con el *Moriæ Encomium* dió armas á los protestantes, y Ulrico de Hütten y las *Epistolæ obscurorum virorum* abrieron la guerra de sátiras contra el Pontificado y las órdenes monásticas. Así Melanchton y Joaquin Camerario figuraron entre los primeros protestantes, pero no por ser helenistas ni hombres del Renacimiento, sino porque, *á pesar de eso*, eran germanos, y participaban del espíritu de rebelion á toda autoridad latina. Lutero no vió en su viaje á Roma más que vulgaridades, y no entendió una palabra de las artes italianas. Hasta los errores y herejías de los humanistas meridionales eran de carácter muy diverso del de la Reforma. ¿Y cómo olvidan por otra parte los que tal dicen la admirable carta de Sadoleto contra Calvino, y el libro *de fato et libero arbitrio* de Sepúlveda? Solo de dos humanistas españoles, Juan de Valdés y Francisco de Enzinas, puede decirse que se aliasen con la Reforma. Es verdad que Erasmo tuvo en España admiradores y defensores como los Manriques, Fonsecas y Vergaras; pero le admiraban en sus aciertos de filólogo, no en sus yerros teológicos.

Entrando en consideraciones más literarias, se acusa á los *renacientes* de haber encerrado el arte en formas muertas y gastadas, haciéndole retroceder por tanto. Acusacion tan vaga y general poco prueba. Si la forma es bella, como lo era la forma antigua, no muere ni se gasta nunca, y bella es eternamente. ¿Cuándo, ni en qué tiempo ó literatura no serán dignas de loor la sencillez, la pureza, la tersura? Y si estas cualidades se comunicaban en el arte antiguo hasta á los últimos accidentes formales, hasta á los metros, v. g., ¿por qué hemos de censurar á los latinistas del Renacimiento, porque usaban formas horacianas, ó ciceronianas, ó virgilianas? Con esas formas que se dicen *muertas y gastadas* escribió Poliziano sus silvas y odas llenas de animacion y gracia juvenil más que ninguna poesía italiana de su tiempo, expresó Juan Segundo en los *Besos* los vehementes impulsos amorosos de un mancebo de 20 años, y compuso Juan de Mariana su *Historia de España*, uno de los libros más españoles que existen. No está el mérito ni el demérito en la forma, sino en las manos que la trabajan. Claro que meros gramáticos, sin imaginacion y sin brio, habian de estrellarse en sus composiciones latinas, y hacerlas frias, retó-

ricas y pedantes; pero ¿quién prueba que lo hubieran hecho mejor en lenguas modernas y con los recursos artísticos de la Edad-Media? Es preciso admitir y aplaudir lo bueno donde quiera que se halle, aunque sea en una lengua muerta, artificiosamente resucitada.

Y no es que yo apruebe en absoluto esta resurreccion de la lengua. Prescindiendo de lo que se reirian los romanos si llegaran á oir nuestros versos y prosas latinos, ese sistema quita desde luego algo de su frescura y espontaneidad á la frase, exige un artificio constante y dos traducciones mentales continuadas, y da cierto aire de seca uniformidad á los escritores. Pero aunque esto no se apruebe del todo, y menos con relacion á la poesía y á la novela (como lo intentó v. g. Juan Barclayo), pueden, con todo eso, traerse circunstancias atenuantes.

1.° Que el latin no podia considerarse en todo rigor como lengua muerta, puesto que era la lengua de la Iglesia y de las escuelas. El trabajo de estos humanistas se reducia, pues, á sustituir el latin bárbaro ó incorrecto, con un latin calcado en los modelos antiguos, lo cual ya varia de especie.

2.° Que el latin era lengua universal, y tenia

todas las ventajas de tal para los tratados didácticos y aun para algunas obras históricas, siendo lamentable, bajo el aspecto de la comodidad, el abandono de esa lengua.

En lo concerniente á la poesía y á las obras amenas, hoy, como entonces, hoy más que entonces, porque las lenguas modernas están ya formadas, y pueden decirlo y expresarlo todo, es condenable el empleo exclusivo y sistemático de la lengua latina; cxclusivismo muy expuesto á caer en retóricas y pedanterías: pero hoy, como entonces, el empleo de la lengua latina en prosa y en metro debe recomendarse como ejercicio. Todo el que más ó menos haya hecho versos latinos, habrá comprendido cuán útiles son estos ensayos para hacer buenos versos castellanos: cuántas frases elípticas, felices y expresivas, cuántos modos de decir pintorescos y gallardos han nacido de ahí. En mi sentir, ni Fr. Luis de Leon ni Arias Montano hubieran llegado á donde llegaron como poetas castellanos, ni hubieran caldeado y modelado nuestra lengua de la manera que lo hicieron, si antes no hubiesen descollado como poetas latinos, del modo que lo manifiestan el *Carmen ex voto* del primero, digna corona de su explanacion del *Cántico* de Salo-

mon, y los *Monumenta humanæ salutis*, y las demás innumerables poesías latinas del segundo. Ni á Mariana le llamaríamos hoy el Tito Livio español, si antes no hubiese ensayado en su propia lengua la imitacion del egregio narrador paduano. Es contínuo y perenne el influjo de la literatura latina del Renacimiento en las vulgares.

De otras acusaciones no hay que hacer mérito. Se dice que los clásicos del Renacimiento no comprendieron verdaderamente la antigüedad, que le dieron un aspecto retórico y de escuela, etc. Todo esto puede decirse de la segunda generacion renaciente, de la que con injusticia llaman *Jesuítica*, no de la primera, de la de los Policianos, Fracastorios, Vidas y Segundos, que en esta el entusiasmo por la antigüedad fué sincero. No solo la comprendian, sino que sabian imitarla. Que los trabajos críticos de estos humanistas en cuanto á la revision de los textos, etc., son imperfectos, ¿quién lo negará? La escuela francesa y holandesa del siglo XVII (los Casaubones, Vosios, Perizonios, etc.); la inglesa del siglo XVIII (Bentley, Cuningham, Brunck); la alemana del presente han adelantado mucho, pero en ninguna de ellas se halla aquella frescura, aquel íntimo y sabroso comercio con la antigüedad que se nota

en las del Renacimiento. Todavía permanece en pié como admirable monumento el *Virgilio* del P. La Cerda.

Olvidemos que se trata de una lengua muerta; no paremos mientes en la lengua en que la cosa se dice, si la cosa está bien dicha; que la crítica (aunque no se llame con manifiesto agravio de la lengua castellana, *alta crítica*) debe levantarse sobre estas pequeñeces de lengua y ritmo, y admirar donde quiera el esplendor de lo verdadero y de lo bello.

Glorioso remate á la oposicion dió en el tercero y último de sus ejercicios, destinado á defender su programa. Le avalora tanto una *Introduccion* que lleva al frente, que á ser mas compendiosa, le diéramos cabida en estos renglones. Pero ni siquiera en aquel acontecimiento literario se oyó, mas que en parte y muy reducida, por ser brevísimo el tiempo que el Reglamento concede al opositor para que defienda su sistema de enseñanza. Acusado Menendez Pelayo, una y

otra vez, oportuna é importunamente, de fijarse demasiado en los hechos, desdeñando el auxilio de la crítica, hizo hincapié en probar lo infundado de este cargo, y despues de consignar que del *hecho* se parte hoy en toda Europa para aspirar al conocimiento de la verdad científica, añadia: «Lo que hay es, que yo procuro alejarme del doble escollo de la crítica puramente *formalista* y de la que llaman *trascendental*, ora aspire á grandes síntesis históricas, ora á inauditas revelaciones estéticas.» Y despues continuaba diciendo: «No es ya lícito convertir la historia de la literatura en un descarnado índice de autores y de libros juzgados solo en su parte externa y formal, ni proceder caprichosa y arbitrariamente en el órden y distribucion de las materias.» No es acertado—sigue hablando Menendez—considerar al *autor* fuera de su época, pero todavía es mas dañoso anular su personalidad y convertirle en *eco, espejo* ó *reflejo* de una civilizacion.» Hizo notar despues que en medio de tanto escarceo y divagar inutil,

«ha llegado la estética moderna á asentar buen número de principios fecundos y razonables, que lejos de oponerse al exámen detenido de las formas exteriores, contribuyen á que este se haga con mejor luz. Por otra parte, el desarrollo de los estudios históricos ha hecho notar infinitas relaciones entre el arte y las demas actividades humanas, que mútuamente se completan y explican.» De donde deducia M. Pelayo, la necesidad *del criterio histórico al lado del estético*. Sin erudicion y sin investigaciones propias—exclamaba en otro párrafo—no hay conocimiento sério. Hacia por fin cumplido elogio de los que beben la ciencia en las fuentes, y no en libros de segunda mano, plagados de *nociones erradas, lugares comunes y frases hechas*. Renunciamos á seguir recordando lo mucho y bueno que dijo nuestro amigo; baste consignar que estuvo en este último ejercicio, á la misma inaccesible altura que en los anteriores. Comprendiólo así el sapientísimo Tribunal, que reunido á los pocos dias, púsole casi por una-

nimidad (*) el primero de los opositores que fueron en terna. El dia 20 de Diciembre de 1878, recibió el nombramiento de *catedrático de historia crítica de la literatura española* de la Universidad de Madrid, y el 22 tomó posesion de su cargo. ¡Honroso galardon, pero bien sabe Dios, que harto merecido! Convengamos en que ¡23 años! tan bien aprovechados, no se los encuentra uno sin trasladarsc algunos siglos atrás. De la Montaña, con haber sido tan fecunda en hijos ilustres, no ha salido otro Menendez Pelayo, con que tan legítimamente pueda ufanarse, en toda la sucesion de los tiempos. Viva muchos años, y su nombre pronunciarán con respeto las generaciones futuras. Hoy, que no todos le hacen cumplida justicia, séame permitido procurar que su fama se extienda por los ámbitos de la Península; que bien lo merece un

(*) No le votó, segun de público se dice, el Sr. Don Francisco Fernandez y Gonzalez. Nada mas natural.

joven que no ha defraudado las esperanzas de los que le admiraban cuando estudiante; que á los trece años escribia un poema épico, hoy mismo digno de figurar entre sus obras, si le refundiera y puliese un poco; que á los veinte ha hecho su nombre respetado en Europa y en América; que á los veintitres es profesor del Doctorado en la Universidad de Madrid; un jóven en fin de quien Milá ha dicho: «Siempre que hablo con Marcelino aprendo algo nuevo,» y á quien el actual presidente del Consejo, Sr. Cánovas, eminente literato, ya que no *mónstruo de la naturaleza*, despidió en cierta ocasion diciéndole: «V. comienza por donde otros acaban.» Añádase que tiene un carácter dulcísimo y afable como pocos; una modestia encantadora; que es un sabio no avaro de su saber, ántes bien sirviendo de mina riquísima y no poco explotada por los que tenemos la dicha de que nos llame sus amigos, y hallaráse atenuacion si no disculpa, á la osadía que muestro emborronando estas páginas, en las que va

unido mi nombre oscuro y humildísimo, al muy ilustre y laureado del nuevo catedrático.

Sea mi última palabra dar las mas expresivas gracias á cuantos me han facilitado noticias para este trabajillo, en especial al Sr. D. Gumersindo Laverde Ruiz, por cuya salud quebrantada hacen fervientes votos á la par que sus numerosos admiradores, las letras españolas, y á mi excelente amigo D. Antonio Rubió y Lluch, que ya sabe llevar, por dicha suya, el nombre de su padre.

Y con esto, lector querido, *Vale*.

FIN.

ÍNDICE.

Págs.



